

# La Ilustración Artística

Año XXXV

← BARCELONA 13 DE MARZO DE 1916 →

Núm. 1.785

## BARCELONA CARNAVAL DE 1916



Un kanguro. - Carroza anunciadora presentada por la casa inglesa Brooke y C.<sup>a</sup> Limited, fabricante del jabón limpiador de metales «Monkey Brand». - Manelik, de *Terra baixa*



Moro con una motocicleta que representa una ametralladora y un aparato de telegrafía sin hilos



Juana de Arco

(De fotografías de nuestro reportero A Merletti.)



Ursus y la cristiana, personajes de la novela de Enrique Sienkewicz *Quo Vadis?*

# CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407  
Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363

**PIANOS** de cola y rectos a cuerdas cruzadas —MASON & HAMLIN. Boston & New-York.—Autopianistas Chassaigne Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía.—Guía rollos automático.  
**ARMONIUMS** Christophe et Etienne.—París.  
**ROLLS** tipo PIANOIA. Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis**.  
Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.

## Servicios de la



# Compañía Transatlántica

**LÍNEA DE BUENOS AIRES**  
Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

**LÍNEA DE NEW-YORK, CUBA, MÉJICO**  
Servicio mensual saliendo de Génova el 21, de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

**LÍNEA DE CUBA MÉJICO**  
Servicio mensual, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña y Santander.

**LÍNEA DE VENEZUELA-COLOMBIA**  
Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello y La Guayra. Se admite pasaje y carga con trasbordo para Veracruz, Tampico, Puerto Barrios, Cartagena de Indias, Maracaibo, Coro, Cumaná, Carúpano, Trinidad y puertos del Pacífico.

**LÍNEA DE FILIPINAS**  
Trece viajes anuales arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz y Cartagena para salir de Barcelona cada cuatro viernes, o sea: 7 Enero, 4 Febrero, 3 y 31 Marzo, 23 Abril, 23 Mayo, 23 Junio, 21 Julio, 13 Agosto, 15 Septiembre, 13 Octubre, 10 Noviembre y 8 Diciembre; para Port-Said, Suez, Colombo, Singapur, Ilo Ilo y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, o sea: 25 Enero, 22 Febrero, 21 Marzo, 18 Abril, 16 Mayo, 13 Junio, 11 Julio, 8 Agosto, 5 Septiembre, 3 y 31 Octubre, 28 Noviembre y 26 Diciembre, para Singapur y demás escalas intermedias que a la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

**LÍNEA DE FERNANDO PÓO**  
Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4 y de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán (Escalas facultativas), Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.  
Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

**LÍNEA BRASIL-PLATA**  
Servicio mensual saliendo de Bilbao y Santander el 12, de Gijón el 13, de Coruña el 14, de Vigo el 15, de Lisboa el 16 y de Cádiz el 19, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el 12 para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos.  
También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

## NO MAS VELLO

POLVOS COSMÉTICOS de FRANCH.  
DEPILATORIO  
NO IRRITA EL CÚTIS  
QUITA  
EL PELO EN 2 MINUTOS  
MATA LA RAIZ



BORRELL Hnos., Asalto, 52, Barcelona  
LO REMITE POR CORREO CERTIFICADO ANTICIPANDO 3 PTAS 50.

## BALNEARIO RIUS

### CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escoliosis, sífilis, neurosis, hemiplejias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa. — Servicio de cocina esmerado. — Grandes comedores con vistas al campo. — Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura. — Gran parque, etc.

No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.

## DICCIONARIO

de las lenguas española y francesa  
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

## Tricófero Padró

para quitar la caspa, canas, mal en la cabeza y caída del pelo. Es el tónico y regenerador del cabello más antiguo y acreditado de España. Hace crecer el pelo sano, limpio y con su color natural, frasco 1,50 pesetas. Venta en droguerías y perfumerías. — Barcelona, plaza Real, 1, farmacia del Globo.

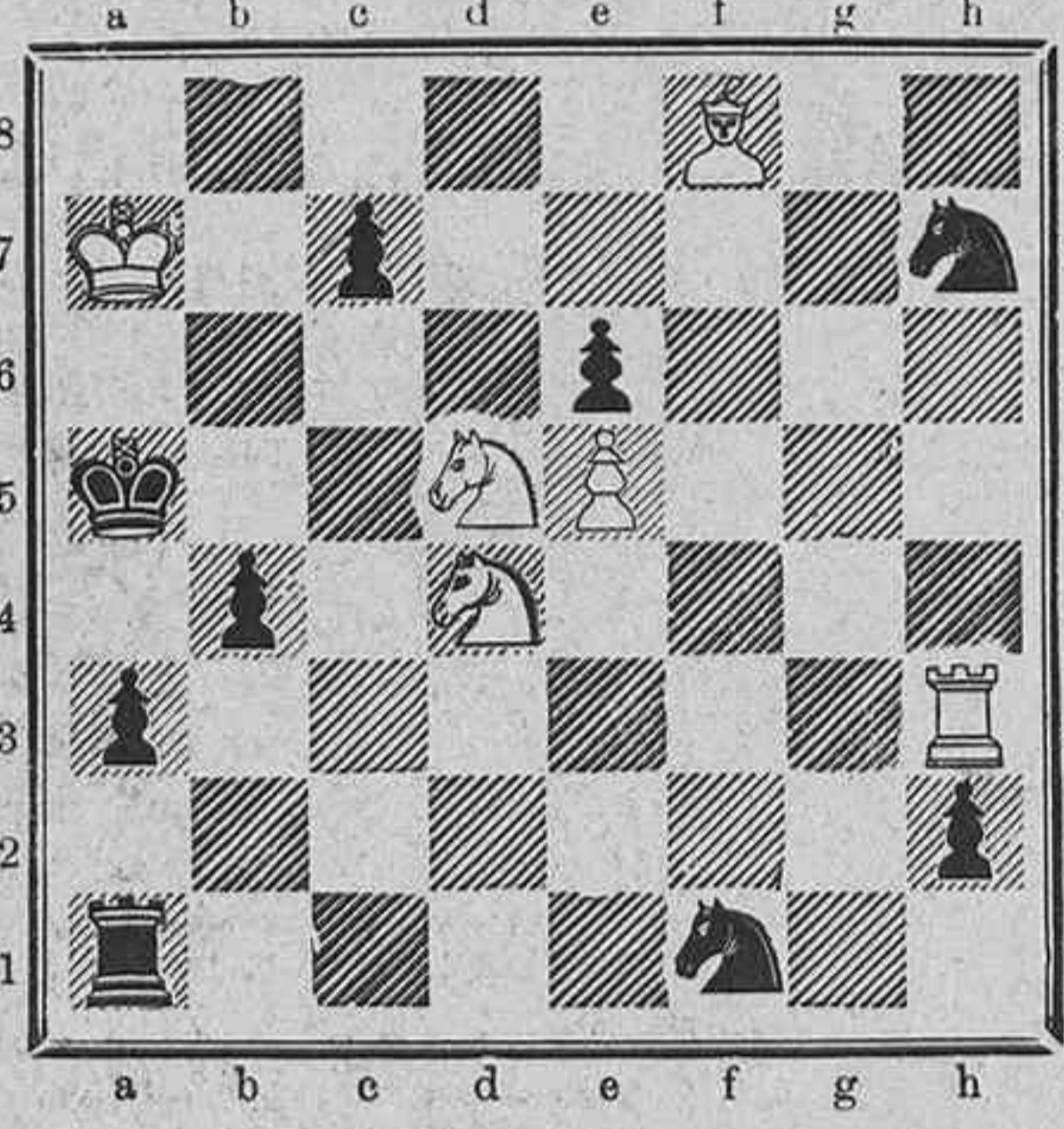
## AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN TRES JUGADAS  
ORGANIZADO CON MOTIVO DEL TORNEO PARA EL CAMPEONATO DE CATALUÑA DEL AÑO 1914

Se han recibido las siguientes composiciones:

**PROBLEMA NÚM. 24. LEMA: «EXCELSIOR»**

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

**SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 23. LEMA: «ELECTRA»**

1. Ce4-c5,	d6xc5	2. Ae5-c7, etc.
	d6xe5	2. Ce5-b7, etc.
Aa2xb3		2. e3-e4 jaq., etc.
Rd5xc5		2. Ae5-d4 jaq., etc.
Rd5xe5		2. Da4-e4 jaq., etc.
Ae1xg3		2. d2-d4, etc.
Otra jugada		2. e3-e4 jaq., etc.

Doble solución.

1. d2-d3, Rd5xe5	2. Da4-d4 jaq., etc.
Otra jugada	2. Da4-b5 mate.

Marcas las más acreditadas en la Península, Extranjero y Ultramar

**EL CIERVO y MANOC**  
**EL LEÓN de J. Samsó**  
**EL PERIQUITO**  
de C. Massó  
Clases superiores y especiales para el Panguingue (Filipinas)

**ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS**

**NAIPES COMAS**

FINOS  
DE HILO Y UNA HOJA

Fábrica movida por electromotores

ANTIGUA CASA Vda. de A. Comas Casa fundada en 1797

SEBASTIÁN COMAS Y RICART

Teléfono 1708  
Dirección telegráfica: SAMOCA

**BARCELONA.—Galle de Lauria, núm. 4**

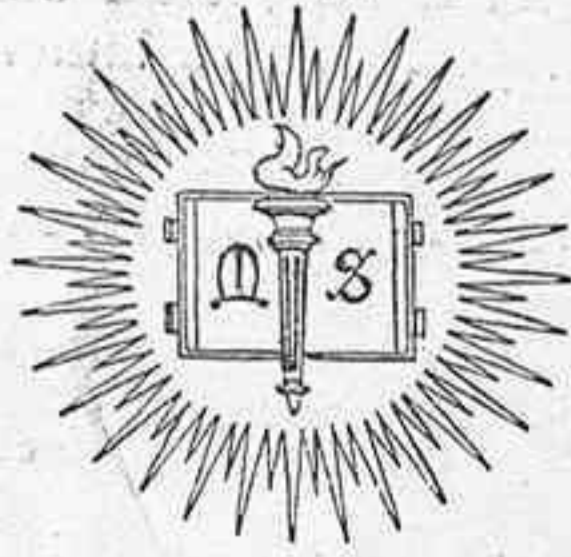
## BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

SOCIEDAD ANONIMA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA A PRIMA FIJA.—Capital suscrito 15.000.000 de pesetas.—Capital desembolsado 3.750.000 pesetas

Representaciones en toda España.—Domicilio social: Rambla Cataluña, 18 y Cortes, 603

AUTORIZADO POR LA COMISARÍA GENERAL E INSPECCIÓN DE SEGUROS EL 14 DE AGOSTO DE 1909

# La Ilustración Artística



Año XXXV

BARCELONA 13 DE MARZO DE 1916

Núm. 1.785



DIBUJO AL CARBON, por Ramón Casas

(Fotografía de F. Serra.)



**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Las sopaipas*, por M. R. Blanco-Belmonte. — *La guerra europea*. — *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). — *La Reina Isabel de Rumania*. — *Actualidades matritenses*. — Barcelona. Baile de máscaras organizado por el Círculo Artístico.

**Grabados.** — *Dibujo al carbón*, por Ramón Casas. — Dibujo de Carlos Vázquez, que ilustra el cuento *Las sopaipas*. — *La cabra rebelde*, cuadro de Galofre Oller. — *La vieja y el perro*, cuadro de A. Fillol. — *El Carnaval de 1916 en Madrid y en Barcelona*. — *En el estudio*, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. — *Familia*, cuadro de Roberto González del Blanco. — *La vieja encojera*, cuadro de Juan Baixas. — *La casa del colono*, cuadro de Eliseo Meifrén. — *En la siega*, cuadro de Alberto Pla y Rubio. — *Interior*, cuadro de R. Pynenburg. — *La guerra europea* (cuatro fotografías). — *La Reina Isabel de Rumania*. — Madrid. S. M. el Rey en el Museo del Prado. — *Actualidades teatrales*. — Barcelona. Baile de máscaras organizado por el Círculo Artístico.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días he pensado mucho sobre el *Quijote*. Y se me ha ocurrido que ese libro, escrito contra los de caballerías (por lo menos tal era el propósito que Cervantes declara, y los demás se los atribuyen gratuitamente, es preciso reconocerlo) ese libro, digo, es otra novela de caballerías, la más divertida de todas, y distinta de ellas en ser profundamente realista, en lo cual está el secreto de su superioridad, probablemente.

El tipo de las novelas de caballerías es el Amadís de Gaula. Pero el *Amadís* no es el primer libro de caballerías que se escribió en España, a no ser que lo fuese en sus remotos orígenes. El primero fué *El caballero Cifar* (primera mitad del siglo XIV). Y el *Amadís* imprimió su sello, no sólo en el dominio de la fantasía, sino en el de los hábitos sociales. Yo debo decir que, a pesar de lo mucho que se ha discutido acerca de quién puede ser el verdadero autor de esta novela, y si es originariamente francesa, lusitana o española, creo que la cuestión no está resuelta claramente. No se han encontrado redacciones primitivas, y complica el caso que el *Amadís* no es obra nacional, sino humana, dice Menéndez y Pelayo en su *Estudio sobre los Orígenes de la Novela*.

Aunque los libros de caballerías sean en gran parte españoles, son hijos de una influencia exótica. En el *Amadís*, en el *Tirante*, en los dos *Palmerines*, el género se nacionalizó. El origen de los libros de caballerías es la prolongación o degeneración de la poesía épica, transformación de poemas existentes o ya perdidos en la sombra del pasado. Por eso el ideal del honor es el que siempre remanece en estas tradiciones y leyendas heroicas. Lo curioso es que no fueron los romances castellanos, por lo mismo que eran puro realismo histórico, los que engendraron la novela de caballerías. En el *Quijote*, en cambio, a cada momento hallamos la tradición del romance.

Los cuentos de la materia de Bretaña, dice Menéndez y Pelayo, a quien hay que atenerse, trajeron un nuevo ideal de la vida: el que se expresa con el nombre de caballería andante. Los héroes de la epopeya germánica, francesa o castellana, se guiaban por motivos que eran racionales, dadas las ideas, costumbres y creencias de su tiempo; motivos perfectamente lógicos, dentro del estado social de su época. Al asomar el ideal caballeresco, se desquiciaban los móviles: los determina un lirismo especial. Ya no es el *Cid*, que «por necesidad batalla», sino Suero de Quiñones, que intenta la hazaña más inaudita, por la honra.

El ideal del honor no es tan nuevo que no lo encontremos en los poemas griegos; pero ¿en qué habían consistido este honor, por ejemplo, los caudillos de la *Iliada*? En no sufrir agravios, como el que se infirió a Aquiles quitándole su cautiva, y en el desnudo en los combates. Aquiles no pone punto de honra de la fidelidad y amor de su Briseida: lo que le saca de quicio, es que Agamenón se la exija imperiosamente. Menelao, a quien Paris ha robado su esposa, no se juzga deshonrado por tal incidente, y se creería descalificado si conociese el miedo. Todo el eje de la *Iliada* está en que un héroe no debe conocer el miedo, ni por el forro, y en esto coinciden los rudos cantores del Norte que refirieron las andanzas de las crueles Valkirias, con el ciego Homero, o quienquiera que sea, que cantó la pugna de griegos y troyanos. En las tradiciones germánicas y escandinavas, tan hábilmente aprovechadas por Ri-

cardo Wágner, el magnífico mito de Sigfrido estriba en eso: en ignorar el miedo. Por ignorarlo, puede forjar la espada Nothung, que se resiste al martillo del cobarde gnomo; por ignorarlo, puede herir en el corazón al dragón Fáfnér, que custodia el anillo de los Niebelungos.

Aquiles no sueña, no piensa sino en el honor. Agraviado por Agamenón se lamenta a su madre Tetis:

«Madre — decía — pues el ser me diste, ya que mi vida larga ser no pueda, honra al menos debía concederme el Olímpico Júpiter tonante... y ves cuán poco de mi honor se cura.»

Y la diosa marina, subiendo al Empíreo para encontrar a Júpiter, le dirige esta súplica angustiada:

«Otórgame este don: del hijo mío, que morir debe en juveniles años, ¡vuelve por el honor!»

Este honor, imán de los caudillos combatientes, ya sabemos cuál es. Aquiles prefiere este honor a la vida, a una vida feliz y ociosa, en el palacio de su padre, el viejo Peleo. Pero la idea del honor ha sufrido una evolución: no basta combatir: hay que reunir una serie de cualidades morales, que integran al perfecto caballero.

\* \* \*

Cuanto puede halagar o impresionar la imaginación converge en los libros de caballerías. Los paladines y los enamorados; los barbudos magos y los caballeros puros, sin tacha, empeñados en la demanda del Santo Grial; los de la Tabla Redonda, los Arzobispos convertidores de infieles y derribadores de ídolos, y las bellas Infantinas prendadas de los caballeros errantes; los gigantazos que discuten de Teología y los malignos encantadores que se llevan una casa por los aires en un santiamén; los personajes de los ciclos bretón, carolingio y greco-asiático, pléyade que lidia, ama, odia, llora, realiza fantásticos viajes, por comarcas de misterio: las Trapisonadas y las Insutas Firmes, los Monsalvatges y las Cornuallas.

Amadís es el espejo de los leales amadores. Por conservar su fidelidad a Oriana, resiste a los requerimientos de la Infanta Briolanja. Ante todo hay que notar en Amadís lo prolífico, lo dilatado de su linaje. Empieza por Esplandian, y sigue por Lisuarte de Grecia, su nieto, hijo de Esplandian; don Florisando, su sobrino; don Flores de Grecia, Caballero de los Cisnes; don Amadís de Grecia, Caballero de la Ardiente Espada; sus hijos, don Florisel de Niquea y el fuerte Anaxartes; el bueno de don Rogel de Grecia, como le llama don Quijote, al hacer de él un juicio crítico, afirmando que la señora Luscinda gustaría mucho de las discreciones del pastor Darcisel, y de los versos de sus bucólicas; y, remate del linaje, el hipotético don Esferamundo.

\* \* \*

Sobre el confuso hervidero de personajes fabulosos que han de aparecer en los libros de caballerías, se destaca el del sabio Merlín, profeta al par que nigromante, cuya leyenda es de lo más poético. Merlín era hijo del demonio, que, para oponerse a los progresos del cristianismo, engendró en una virgen cristiana una especie de Anticristo. Desde los pañales, Merlín descubre la inteligencia despierta que siempre se le atribuye, salvando por medio de un ardid a su madre, a quien iban a ajusticiar por deshonesta, y que era, en realidad, inocente, pues sin consentimiento de su voluntad concibió a Merlín.

Más tarde, Merlín se ve en graves peligros. El Rey de Bretaña ha construido una torre, pero al verla terminada, se viene al suelo con estrépito: reconstruida tres veces, otras tantas se repite el prodigio. Los astrólogos declaran que si la torre no se cimenta con sangre de un niño nacido aquel mismo año, no sólo nunca se tendrá de pie, sino que el Rey morirá. Buscan a Merlín, y éste, siempre precoz, se presenta espontáneamente, y da su agüero: declara que en la base de la torre combaten dos dragones, uno rojo y otro blanco, motivo de que venga al suelo la fábrica. Y, al buscar a los dos monstruos, y hallarlos efectivamente en lucha, Merlín explica el símbolo: son los dos hermanos del Rey, que, desterrados, fraguan el asesinato; que volverán para matar al usurpador entonces reinante. En efecto, desembarcan y lo quemaron vivo en la misma torre. Y Merlín es consejero y ministro del nuevo Rey, y construye la famosísima Tabla o Mesa redonda, cuyos Caballeros tantas proezas realizaron. Y cuando más tarde suce-

de a este Rey su hijo Artús, la privanza de Merlín continúa: Artús tiene en él un servidor celoso, un favorito sin igual. Pero, por su desgracia, Merlín, ya viejo, ama a una mujer, a una fada gentil. Y esta hechicera, que se llama Bibiana, aturdidamente encierra a Merlín en el tronco de un espino blanco. Entonces es cuando Merlín lanza aquel espantoso *Baladro*, queja suprema que exhala al morir el hijo de Satanás. Y por cierto que, para haber sido engendrado con tan malos propósitos, no hace Merlín mucho daño, ni se le puede acusar de maldades muy negras. Es un buen demonio, por decirlo así.

\* \* \*

El libro de caballerías que más habla al sentimiento es la historia de Tristán de Leonís, que ha dado a Wágner tan sublime tema para una de sus mejores creaciones. Tristán de Leonís es uno de los Caballeros de la Tabla Redonda. A su nacimiento y primeros años se refieren muchas y muy extrañas aventuras, que le han indispuerto con su tío Marcos de Cornualla; pero, por su mal, llega Tristán al cabo a reconciliarse con el Rey, y éste le envía a Irlanda a pedir para Marcos la mano de la rubia Princesa Iseo. Peligrosos hasta un grado sumo eran tales envíos de mensajeros a pedir princesas, y por nuestra historia cruza la trágica sombra de don Fadrique de Castilla, que pidió para don Pedro la mano de la desventurada doña Blanca. No había tal vez necesidad de que Brangian o Brangania, doncella de Iseo, les diese a beber el filtro del amor, que no es mal filtro la juventud y los azares de una larga travesía.

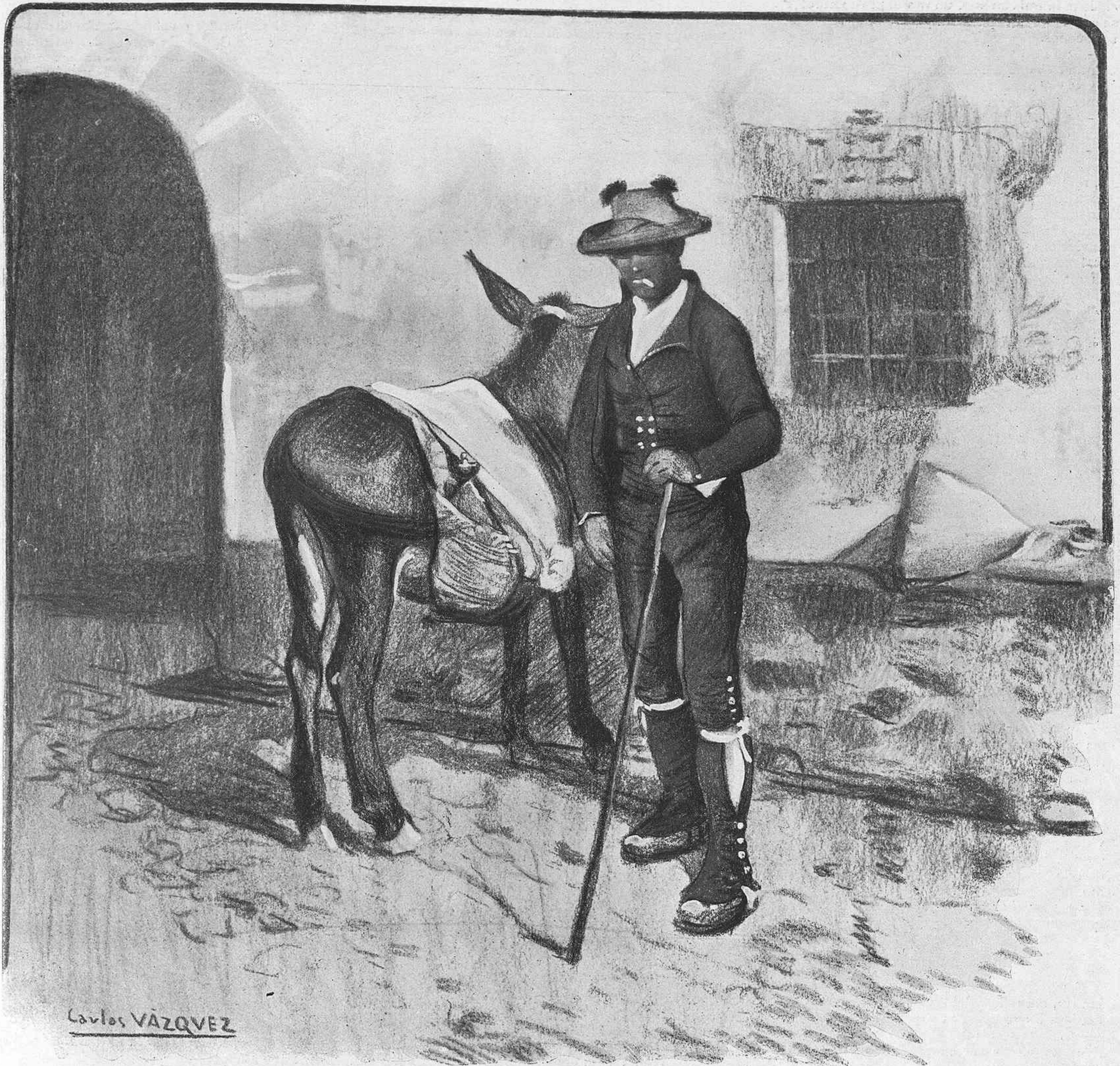
Pero ello es que beben el simbólico filtro, y su amor se desencadena. Iseo, en la antigua novela, no reconoce escrúpulos, y hasta dispone crímenes para lograr sus propósitos. Y aquí surge el enredo de los dos Iseos, que complica lo que Wágner, con muy buen acuerdo, simplificó. Herido Tristán por una saeta envenenada, sabe que hay cierta Iseo, llamada de las blancas manos, que se da maña especial para curar las heridas. Dirígese pues a Bretaña, y se confía a los cuidados de esta segunda Iseo. La Infanta se prenda de él, y Tristán se casa con ella, por gratitud. Pero por su sangre circula el filtro que le ata a la Iseo primera, y corre tras ella; y vuelto a herir por otra arma que inficionó la ponzoña, moribundo, Tristán quiere ver a su amada, y envía a Bretaña un mensajero que la ha de traer. Quiere exhalar el último aliento en sus brazos. Esta es la escena en que derrochó Wágner inspiración. Tristán aguarda a Iseo, con febril ansiedad. Ha apostado gente en el puerto, y, casi exánime, espera ver asomar en el horizonte la nave que trae a su adorada. Si viene Iseo, la nave ostentará bandera blanca, y si no, negro pabellón. Y en la novela sucede algo que Wágner omite. La otra Iseo, la legítima esposa de Tristán, averigua el motivo de la ansiedad de su esposo, y, en un raptó de celos, corre a decirle que llega de Cornualla una nave empavesada de negro. Cuando la nave de las blancas banderas echa el ancla, y desembarca la Iseo única a quien Tristán adora, el amor ya ha muerto de pena. Iseo fallece también, traspasada, ante el cuerpo de su amigo.

Hay fortuna hasta en morir y padecer. Nuestros Amantes de Teruel, que existieron, y cuya leyenda castiza nada tiene de fabuloso ni aun de extraño, están casi olvidados, a pesar del hermoso drama y de la ópera; y Tristán e Iseo, que probablemente no han existido, al menos en la forma en que aparecen en la poesía, el drama y la música, han llegado a ser encarnación del amor, símbolo de su fuerza y violencia, de su identificación con lo infinito.

Así es la vida. Más vale tener suerte que desearla, dice no sé qué proverbio.

Y además, Tristán e Iseo han inspirado innumerables ficciones caballerescas, y, en los tiempos modernos, preciosas novelas, como una de Rod cuyo título no recuerdo, pero que es de las mejores de su autor. En ella, dos enamorados, culpables, claro está, porque si no no habría conflicto, logran reunirse para siempre, sin que nadie los persiga ni les ponga obstáculos. Se refugian en un rincón olvidado del mundo, y libremente pueden saborear su felicidad; pero son dos almas románticas, finas y profundas, y se dan cuenta de que en un amor tan grande hay un elemento de infinito, incompatible con las miserias y las realidades de la tierra. Y entonces, y recordando la letra del dúo de *Tristán e Iseo*, deciden suicidarse, y así lo hacen, en lírico transporte. Tiene la cosa su filosofía: un amor muy grande se acaba y al acabarse, disminuye, rebaja a los que se amaron así, con ansias de infinito. Y por eso el héroe y la heroína del novelista francés prefieren morir.

LAS SOPAIPAS, POR M. R. BLANCO-BELMONTE, dibujo de Carlos Vázquez

Y a la mañana siguiente, después de aparejar a la *Parálla*...

En el momento de salir de su casa, Pepe, después de arrear a la *Parálla* y de encasquetarse el sombrero, llamó al hijo del vecino maestro Garlopa y le preguntó:

— ¿Te acuerdas bien de mi encargo?

— ¡Vaya que sí!, contestó el churreto Periquín. Tres días llevo aguardando la hora de meterle fuego al montón de virutas que tengo en lo alto de la torre. ¿Que la cigüeña trae un chaval? ¡Pues una pseta que me gano por armar la fogata! ¿Que en vez de un chaval es una chavalilla? Pues, entonces, ¡me jago tiestos!, dos realetes tristes que me embolsaré por estarme más quieto y más *callao* que en misa.

— ¡Eso mismo es!, dijo Pepe.

Y tarareando una copla, echó a andar detrás de la *Parálla*.

Pepe era un estuche. A trabajador le igualaban algunos; a mañoso, nadie. La necesidad y la ambición le hacían aguzar prodigiosamente su ingenio nada romo. Humilde pelantrín, que es algo más que bracero y un puntito menos que modesto propietario rural, se veía obligado a sacar adelante su casa, a echar una mano a la de su anciana madre y a ha-

cer frente a los gastos extraordinarios que se avecinaban con motivo del anunciado y deseado aumento de familia; esto en cuanto a necesidad, que, tocante a ambición, ya era otro cantar: puesto a pedir, pedía — rezando la oración del trabajo — que el majuelo se convirtiese en viña grande y productiva, que los cuatro terrones del sotillo se ensanchasen hasta ser la mejor huerta del predio, y que el acebuchalejo se trocara en olivar magnífico.

Para que el ensueño se lograra, Pepe realizaba milagros; lo de menos era cuidar aquellas tierras y trabajarlas de sol a sol; lo de más era ver cómo inventaba y discurría arbitrios para añadir substancia al puchero y alguna que otra moneda a la alcancía.

Mientras cuidaba de sus finquillas, con dar un vistazo a las colindantes se allegaba un sueldo de guarda; llevando la escopeta al hombro y teniendo buena vista y buen pulso, hubiera sido una simpleza consentir que las liebres merodeasen en el majuelo y que los zorrales se llenasen el buche de aceitunas; corriendo el río al pie del sotillo, nada costaba instalar algunas cañas de pescar, por si picaban los barbos; en los días de riada era un encanto lan-

zar las rebañaderas y adueñarse bonitamente de los troncos de álamos que acarrearán las aguas; recolectar espárragos, tagarninas, berros, alcauciles, madroños, zarzamoras, hierbas y raíces medicinales, resultaba tarea sencilla y cómoda; con tiempo y mimbres, y del uno y de los otros disponía, se pueden tejer cestillos; el cañaveral suministraba materiales para fabricar zarzos; tender redes a los pajaritos constituye un recreo; recoger leña menuda es entretenidísimo... Y como Pepe podía, sabía y quería ejercitarse en todas las faenas enumeradas y en otras semejantes, más de dos y más de tres de los señores del pueblo comenzaban a pensar y a decir que, a la vuelta de unos años, el que fué Pepillo y ya era el señor Pepe, acabaría razonablemente en un D. José de tomo y lomo, con vistas a la Alcaldía y acaso al cacicazgo lugareño.

El interesado solía encogerse de hombros al escuchar aquellos vaticinios. Sabía bien que para asegurar el triunfo le sobraba la conciencia y le faltaba un ayudante. De la primera no estaba dispuesto a prescindir: honrados a carta cabal fueron sus padres, y sus abuelos, y los padres y los abuelos de sus abue-

Carlos VÁZQUEZ

los, y sería un crimen manchar el apellido de los Lentiscos, limpio desde tiempo inmemorial. El ayudante..., el ayudante acaso venía ya de camino. Si la cigüeña le traía un hijo, un varón, ¡un hombre! ¡Pepe se consideraba capacitado para realizar sus ambiciosos sueños.

— Con otro yo, acostumbraba a decir a su mujer, con un hijo que me secunde, tú verás llenarse la alcancía y aumentar la hacienda.

— ¿Y si en vez de niño es niña?, observaba Frasquita.

— Entonces... ¡me jago tiestos!, como grita Garlopilla, refunfuñaba Pepe malhumorado; y, seguidamente, abriendo el pecho a la esperanza, afirmaba con enérgica convicción: ¡Será un muchacho! ¡Será un muchacho! Querer es poder, y yo quiero que sea un muchacho.

\* \*

Pepe tenía una debilidad, una flaqueza, una imperfección: era goloso, esencialmente goloso, fundamentalmente goloso. Podía prescindir y prescindía del vino y del tabaco, no tocaba una baraja, no miraba a más mujer que a su Frasquita; pero... se le iban los ojos y el estómago detrás de todo cuanto inventó el arte de la pastelería, bizcochería y confitería para lucimiento de monjitas primorosas, para provecho de industriales dedicados al endulzamiento del paladar del prójimo, y para desesperación de los pobres que no cuentan con posibles para permitirse un hartazgo de tortas regadas, flanes, hojaldres, piñonate, alfajores, almibares, pestiños y demás sabrosas manifestaciones reposteriles.

En las horas de delirio de grandezas, cuando Pepe se «veía» dueño de olivares, huertas y viñedos, relamiase vislumbrando, para remate y corona de dichas, la posibilidad de comprar el dulce como quien compra patatas: al por mayor, por arrobas, ya que no por vagones.

\* \*

Frasquita, la esposa del pelantrín, era reflejo del espíritu y eco de la voz de su marido. Fuese consecuencia de inclinación natural, efecto de la fuerza del ejemplo, o fruto de la virtud de esa ley que hace que dos que duermen en un colchón se vuelvan de la misma opinión, la Eva poseía en mayor o menor grado las buenas cualidades y los defectillos de su Adán.

Limpia cual el agua de la sierra, más previsora que una hormiga, y hacendosa como quien sabe el valor del pan y lo que cuesta ganarlo, aquella criatura menuda y avispada había dado con el secreto de encontrárselo todo hecho.

Cuando Pepe salía al campo, ya la casa estaba en orden y no quedaba más faena pendiente que la de espumar el puchero. Y como las manos de la parienta ignoraban y evitaban conocer lo que es ociosidad, movíanse diestra e incansablemente, y unas veces lavaban y planchaban las finísimas ropas de una encopetada señorona que solía ir de cuando en cuando al pueblo, otras se empleaban en ayudar a las operaciones de las matanzas de cerdos y fabricación de embutidos en los hogares de labradores pudientes, si se terciaba — y se terciaba siempre que había boda, bautizo, Misa nueva, cumpleaños o visita del prelado —, acudían a empuñar el bastón de mando del ejército de las guisanderas movilizado en las grandes solemnidades; y, en los ratos perdidos, tejían velozmente hilos de araña que, al entrecruzarse, engendraban impalpable red, trocábanse en encajes rivales de los famosos de Almagro.

El hombre ganaba para la comida y un poquito

más; la mujer agenciaba para la cena y otro poquito por añadidura. Y los dos poquitos, reunidos en el fondo de la hucha, moldeaban el soñado cirio pascual.

En afición a golosinear, si ella no le aventajaba tampoco le cedía terreno. Mano a mano ante un perol de gachas se encontraron algunas veladas dis-

do de palodulce, y emprendió el regreso a su casa.

De vez en cuando, lo mismo que durante toda la mañana, levantaba la cabeza para mirar atentísimamente hacia las afueras del pueblo, y el corazón le daba un vuelco sólo al pensar en que de repente podría ver el resplandor o cuando menos el humo de la hoguera que Garlopilla encendería diligentemente en el abandonado torreoncete del palomarejo. Para Pepe, aquella luz había de significar el principio del apetecido fin, la piedra angular del edificio de su futura prosperidad.

Al entrar en su casa topóse de manos a boca con su suegra, que iba y venía por la cocina limpiando una descomunal sartén, avivando la lumbre y efectuando operaciones anunciadoras de alguna preparación para uso interno.

— A mi madre, exclamó Frasquita con voz quejumbrosa, se le han apetecido sopaipas, y a mí también se me han antojado.

Pepe lanzó a su suegra Rafaelica una mirada de enojo y de gratitud: enojo, por el gasto que ocasionaba, gratitud, por el regodeo que indirectamente se le ofrecía.

Ya la futura abuela tenía amasada la harina; el aceite comenzaba a chirriar; los huevos estaban batidos; la matalahuga aguardaba el momento de unirse a la masa y el tarro de la miel mostraba el oro rojizo de sus granitos conglomerados.

Y en aquel preciso instante, Frasquita divisó desde la ventana a la madre de Pepe. La *señá* María, a pesar de sus años y de sus achaques, iba a diario a visitar a su nuera.

Rápidamente salió el hijo a la puerta para recibir a su viejecita, y más rápidamente aun, como por arte mágico, desaparecieron de la cocina la miel, el aceite, la blanda masa y hasta la monumental sartén.

Pepe quedóse asombrado, pero ni preguntó ni pronunció palabra alguna.

Y cuando se marchó la *señá* María, en un periquete cayó la masa en el hirviente aceite, y bien doradas, bañadas

en miel, olorosas, apetitosísimas, fueron apilándose las sopaipas en una fuente invertida sobre ancho barreño talaverano.

Comieron, hasta despachar la última migaja, Rafaelica, Frasquita y Pepe.

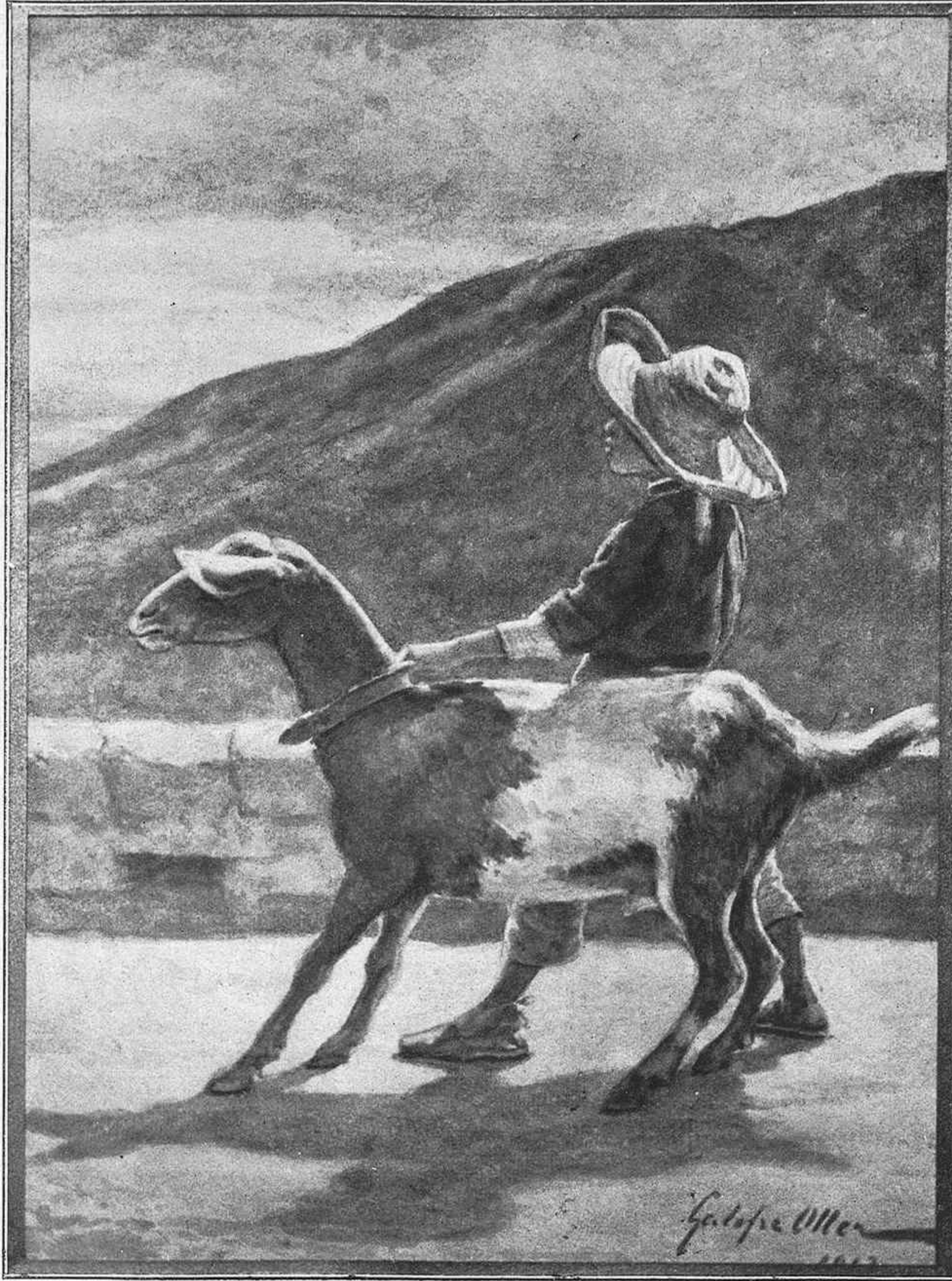
Y a la mañana siguiente, después de aparejar a la *Pardilla*, Pepe llamó al hijo del maestro Garlopa y le habló así:

— Mira, muchacho, vamos a hacer otro trato. Si la cigüeña trae un chaval, no enciendas la fogata ni aguardes de mí un céntimo; pero si en vez de chaval es una chavalilla, métele fuego a las virutas y cuenta con dos pesetas, ¡con dos pesetas como dos soles!

— ¿Qué estás diciendo, Pepe?, observó Frasquita que asombradísima, desde el portón, acababa de escuchar las nuevas instrucciones dadas a Garlopilla. ¿Qué estás diciendo? ¡Ahora salimos con ésas! ¿Por qué razón te has arrepentido y deseas una niña?

Y Pepe, arreando a la *Pardilla*, murmuró filosóficamente:

— ¡Me jago tiestos! ¡Porque no quiero quedarme sin comer sopaipas!



La cabra rebelde, cuadro de Galofre Oller

cutiendo el derecho a dar la cucharada final.

El único punto en que jamás lograron ponerse de acuerdo fué en el de la inmediata sucesión. Frasquita, sin razonarlo ni explicarlo, se aferraba en desear una hija. Y como chicos que se entretienen jugando a «fraile o monja», los que pronto serían padres se dormían y se despertaban repitiendo:

— ¡Niño!  
— ¡Niña!  
— ¡Niño y tres más!  
— ¡Niña y única!  
— ¡Un chicarrón como un pino!  
— ¡Una mocita como una rosa!  
— ¡Pantalones serán!  
— ¡Serán enaguas!  
— ¡En mi casta nunca faltó un varón!  
— ¡Pues en la mía ocurrió lo contrario!  
— ¡Niño!, gruñía entre sueños Pepe.  
— ¡Niña!, suspiraba Frasquita, rezándole a la Virgen.

\* \*

La mañana se metió en agua; al mediar el día apretaron más y más los chubascos, y cuando entró la tarde, la cerrazón del cielo anunció que había lluvia para un rato.

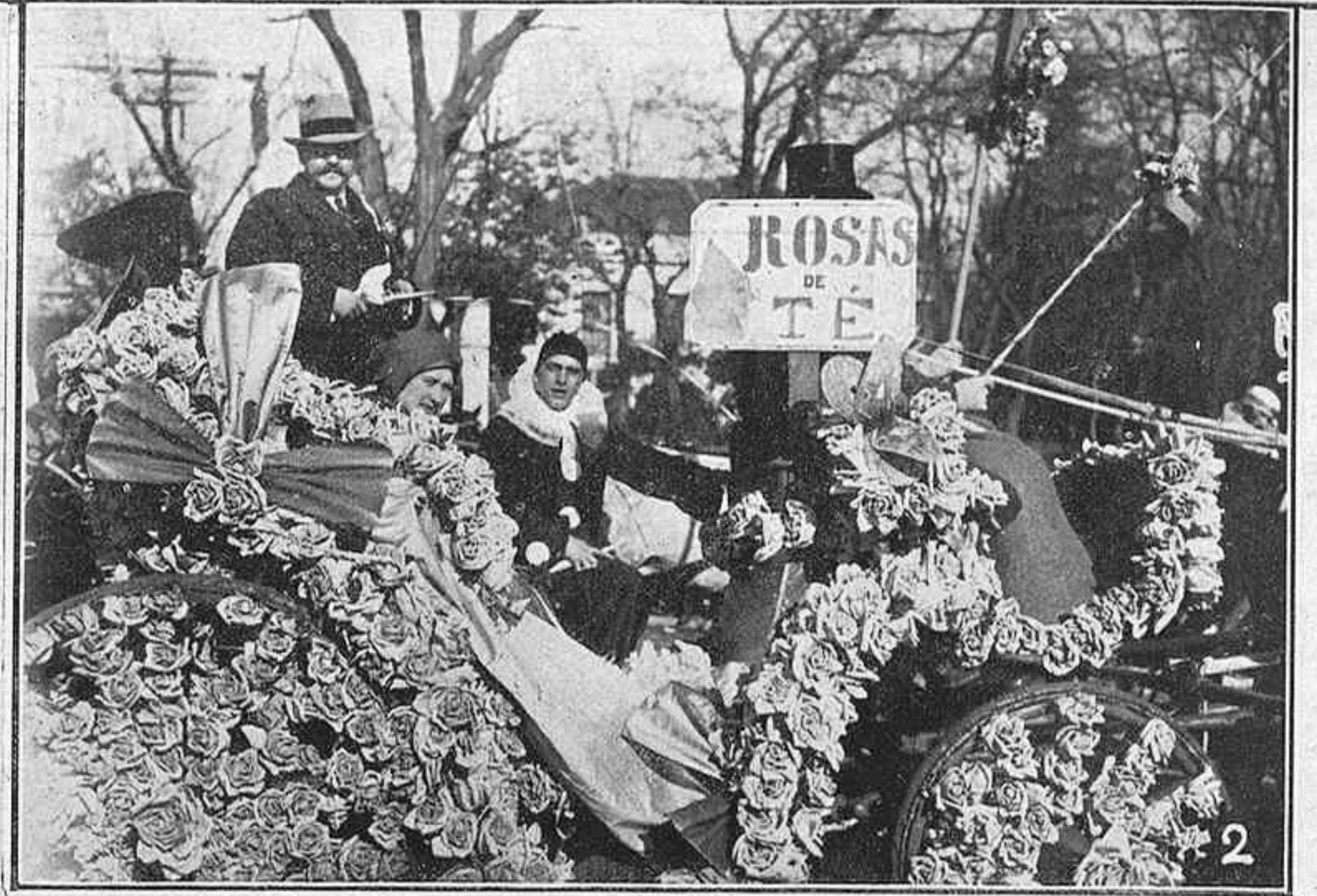
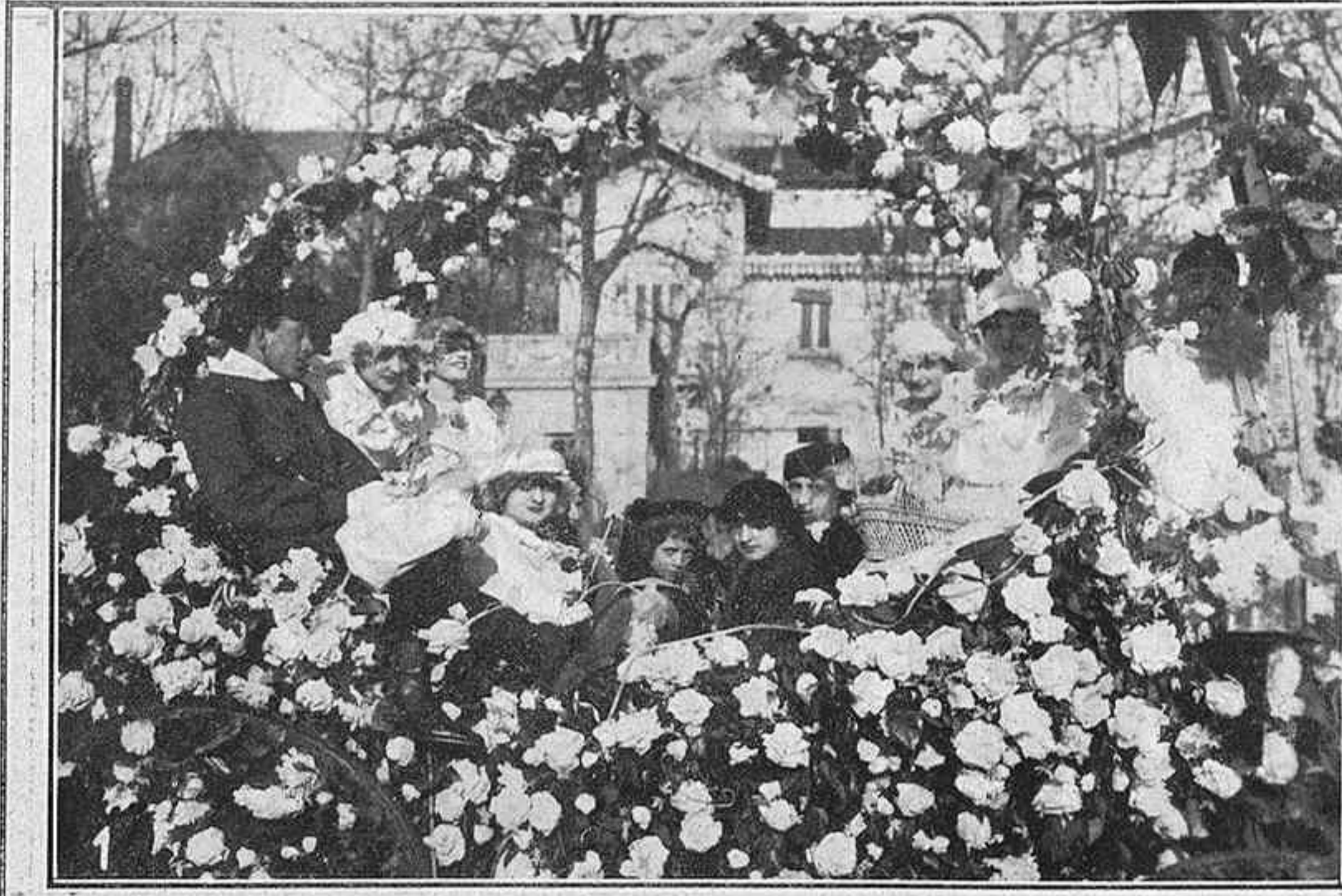
Pepe acomodó en las alforjas hasta un par de libras de peces; se colgó de la bandolera media docena de palomas torcaces; cargó en la *Pardilla* unos troncos de vides muertas y un buen braza-

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



LA VIEJA Y EL PERRO, cuadro de A. Filloï

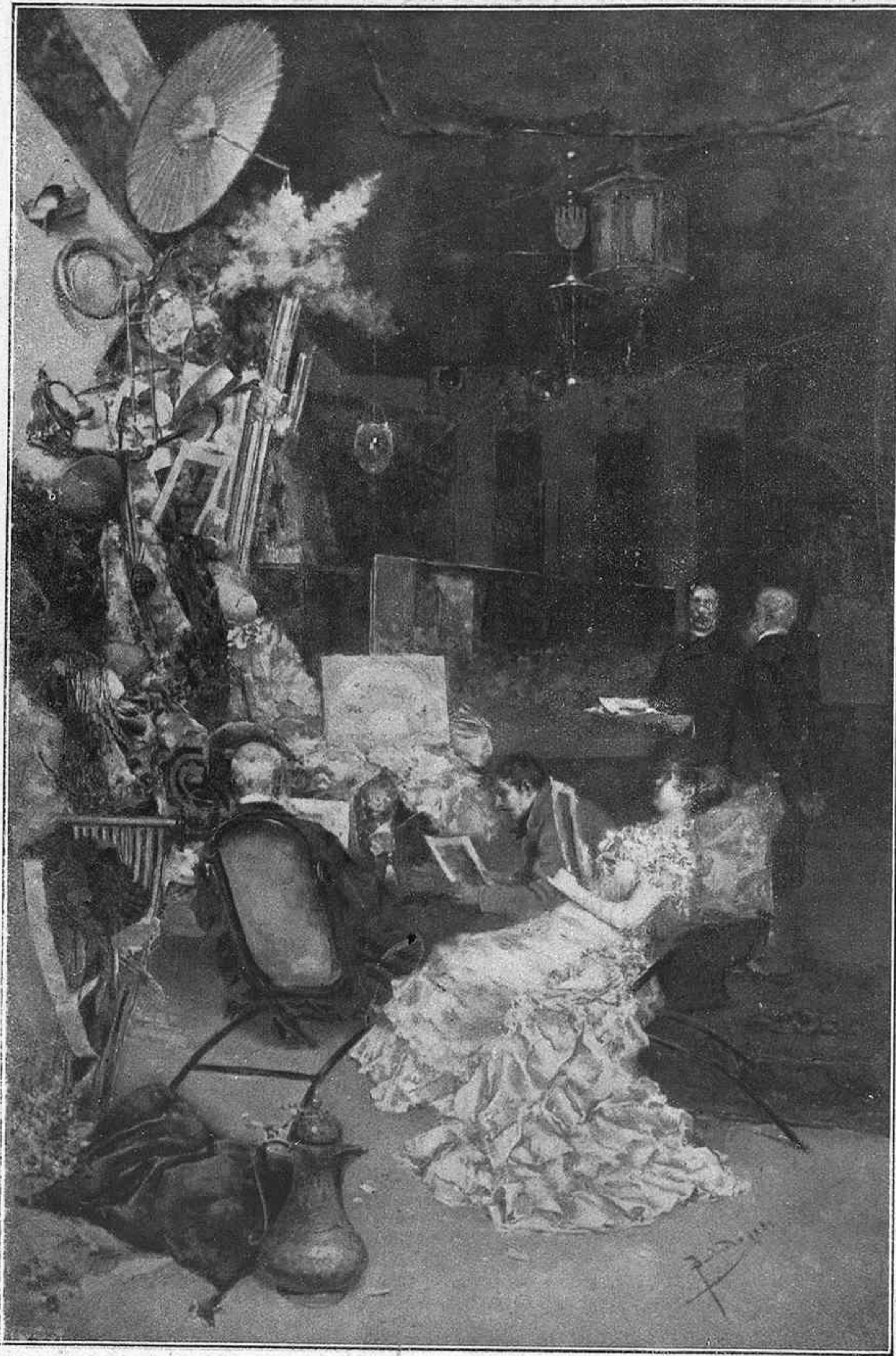


1. Las primeras rosas, primer premio de coches. - 2. Rosas de té, décimo premio de coches. - 3. Alegoría de Goya, presentada fuera de concurso  
4. Rojos, sexto premio de coches. - 5. Equilibrio inestable, segundo premio de carrozas. - 6. Al agua, patos. - 7. Niñas de la crema, tercer premio de coches  
8. Andaluzas y Pierrots

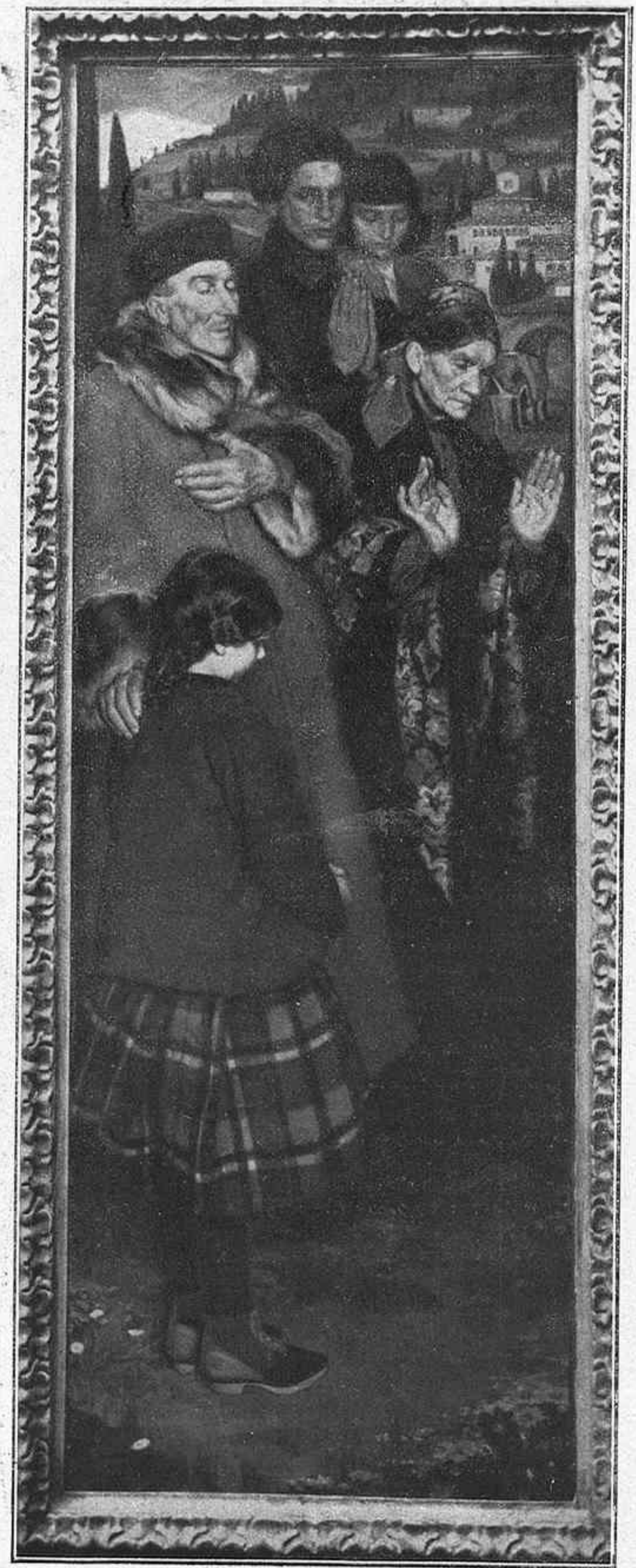




1. Carroza de la Real Asociación de Cazadores que representa a «Tartarin de Tarascón», obra de los Sres. Casals y Labarta. - 2. Una cesta de frutas con niños. - 3. Carroza del Ayuntamiento que representa «Una farsa italiana», obra del Sr. Rigol. - 4. Carroza de los Mercados. - 5. Carroza de los fondistas de Barcelona. - 6. Un mandarín



En el estudio, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo  
(Exposición de pintura española organizada por Cristóbal Bou en las Galerías Laietanes.)



Familia, cuadro de Roberto González del Blanco  
(Exposición del Círculo de Bellas Artes.)



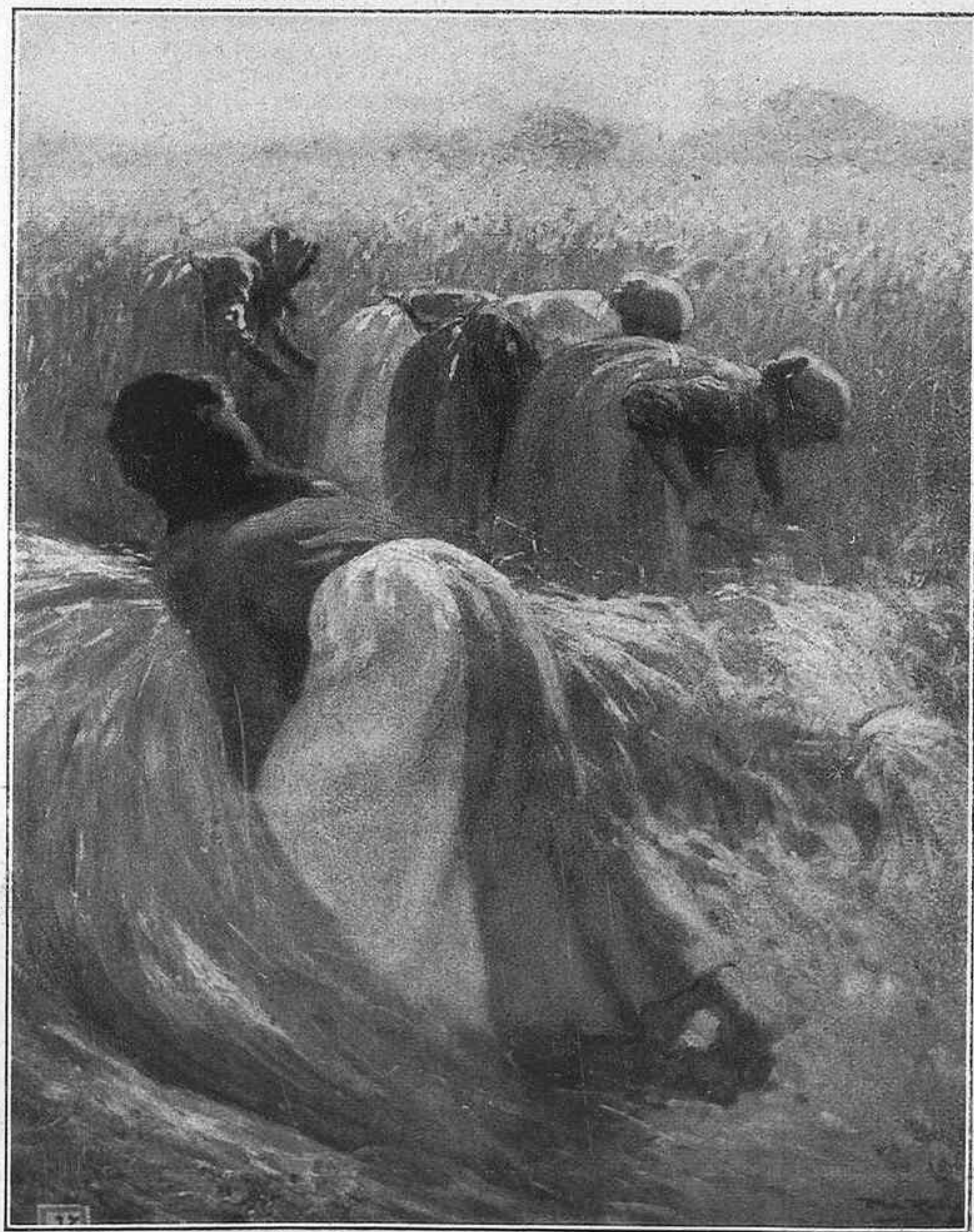
La vieja encajera, cuadro de José Triadó que ha figurado en la exposición celebrada por este artista en las Galerías Laietanes



Un terceto, cuadro de Juan Baixas que ha figurado en la exposición celebrada por este artista en el Salón Parés



La casa del colono, cuadro de Eliseo Meifrén. (Exposición del Círculo de Bellas Artes.)

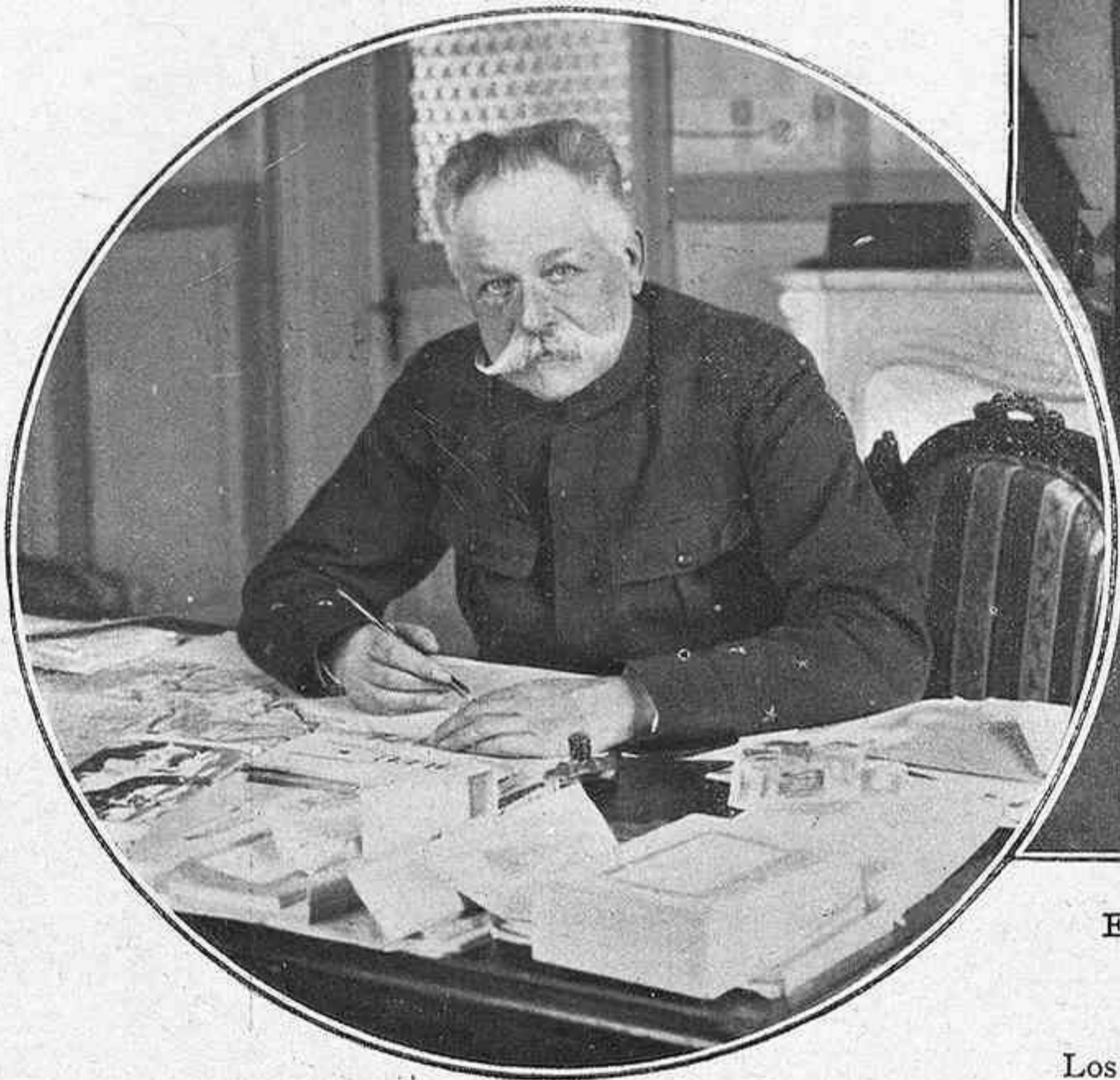


En la siega, cuadro de Alberto Pla y Rubio  
(Exposición de pintura española organizada por Cristóbal Bou en las Galerías Laietanes.)



Interior, cuadro del pintor holandés R. Pynenburg  
que ha figurado en la exposición celebrada por este artista en las Galerías Laietanes

## LA GUERRA EUROPEA



Reciente retrato del general Sarrail, general en jefe de las tropas aliadas en Salónica, en donde bajo su dirección se han construido una serie de defensas y fortificaciones que hacen de aquella ciudad griega una posición considerada como inexpugnable. (De fotografía de Carlos Trampus.)

*Teatro de la guerra de Occidente.* — Después de un descanso relativo de tres días, se ha reanudado la violenta lucha en la región de Verdún, especialmente en la zona del pueblo de Douaumont, en donde la artillería sobre todo ha mostrado gran actividad. Resumiendo el contenido de los partes oficiales, veamos lo que consignan los de cada beligerante.

Los franceses han rechazado enérgicos ataques al Norte de Verdún y han podido, merced a sus contraataques, penetrar en el pueblo de Douaumont; asimismo han rechazado ataques en la altura de Poivre, contra las posiciones del bosque de Haudremont y contra Vaux, al Oeste del mencionado pueblo. Los alemanes, merced a una vigorosa ofensiva, han logrado apoderarse nuevamente de Douaumont, al Noroeste del fuerte del mismo nombre, y penetrar en la aldea de Forges; pero sus esfuerzos por avanzar más allá de ésta han sido inútiles.

Los hechos más importantes acaecidos en los otros puntos del frente son: en el Woevre los alemanes han tomado el pueblo de Manheulle, pero un contraataque los ha llevado a la parte Oeste del mismo; y los franceses han rechazado un violento ataque contra las posiciones de Fresnes. En el Artois, los franceses han rechazado varios ataques; en la Champaña, han hecho otro tanto en las posiciones entre el monte Toku y Maisons de Champagne, en donde, sin embargo, los alemanes han logrado penetrar en un pequeño elemento avanzado; en el Argone, entre la Haute Chevauchée y la altura 235, han expulsado al enemigo de algunos puntos de la primera línea en donde había entrado; en Alsacia, han rechazado varias tentativas contra las posiciones del valle del Lauch y han tomado varios elementos de trincheras en la orilla derecha del gran Largue; en Lorena, han arrojado a los alemanes que habían conseguido ocupar algunos pequeños elementos de trincheras avanzadas, y han tomado varios elementos de trincheras en la región de los lagos de Thionville; y en Bélgica, la artillería francesa ha destrozado las trincheras alemanas al Sur de Lombartzide. Los ingleses se han apoderado de 200 yardas de trinchera en Comines, cerca del canal de Iprés.



En Montenegro, después de la ocupación austrohúngara. — Convoy de acémilas del ejército austrohúngaro en la calle principal de Cetina, capital de Montenegro. (De fotografía de Az Est.)

Los alemanes dicen que después de haber rechazado numerosos ataques al Noroeste de Douaumont se han apoderado de este pueblo, avanzando al Oeste y al Sur del mismo y rechazando los contraataques de los franceses contra el pueblo y contra la línea alemana con él lindante; que en el Woevre han pasado más allá de Dieppe, Abancourt, Blangec y la región de bosques situada al Nordeste de Wastronville y Haudimont, y han ocupado las poblaciones de Manheulle y Champlón; que al Sudeste de Iprés los ingleses han penetrado en el bastión de Dlung, que habían perdido el 14 de febrero, y en un pequeño frente de la primera trinchera avanzada alemana, habiendo sido luego expulsados de esta última y conservando sólo el primero; que han rechazado varios ataques ingleses al Nordeste de Vermelles; y que para evitar pérdidas inútiles han evacuado las trincheras situadas cerca de la casa forestal de Thionville al Nordeste de Badenviller, que habían conquistado el 28 de febrero.

*Teatro de la guerra de Oriente.* — Pocas operaciones se han realizado en este teatro de la guerra durante la última semana, habiendo predominado en él la lucha de artillería. Los rusos han avanzado algo en la región de Dvinsk y se han apoderado de varios hoyos producidos por explosiones de minas cerca de Illuxt y han rechazado ataques entre los lagos Ilzen y Medmus, en el frente de Strypa (Galizia), y en el pueblo de Alssevitch, al Este de la estación de Baranovitchi, y algunos reconocimientos entre Dvinsk y Jacobstadt, cerca de Illuxt.

Los alemanes han desalojado a los rusos de sus posiciones de Alssevitch y los austriacos han rechazado un ataque en la región de Illuxt y un intento de avance del enemigo que pretendía llegar a la orilla izquierda del Ikwa.

*Italianos y austriacos.* — También en este frente los combates de artillería han desempeñado el principal papel. Los italianos han consolidado sus posiciones al Occidente del macizo del monte Marmolada y han rechazado ataques en el valle de Sugana y en el de Lagarina.

Los partes austriacos se limitan a hablar de luchas de artillería y a decir que no ha variado la situación.

*En Armenia.* — Los rusos se han apoderado de la plaza de Bitlis, última ciudadela que poseían los turcos en el lado oriental. Con la toma de esta ciudad, cabeza del vilayeto de su nombre y que tiene 38.000 habitantes, queda definitivamente imposibilitado el acceso por el Norte de Persia a las hordas turco-kurdas, y las

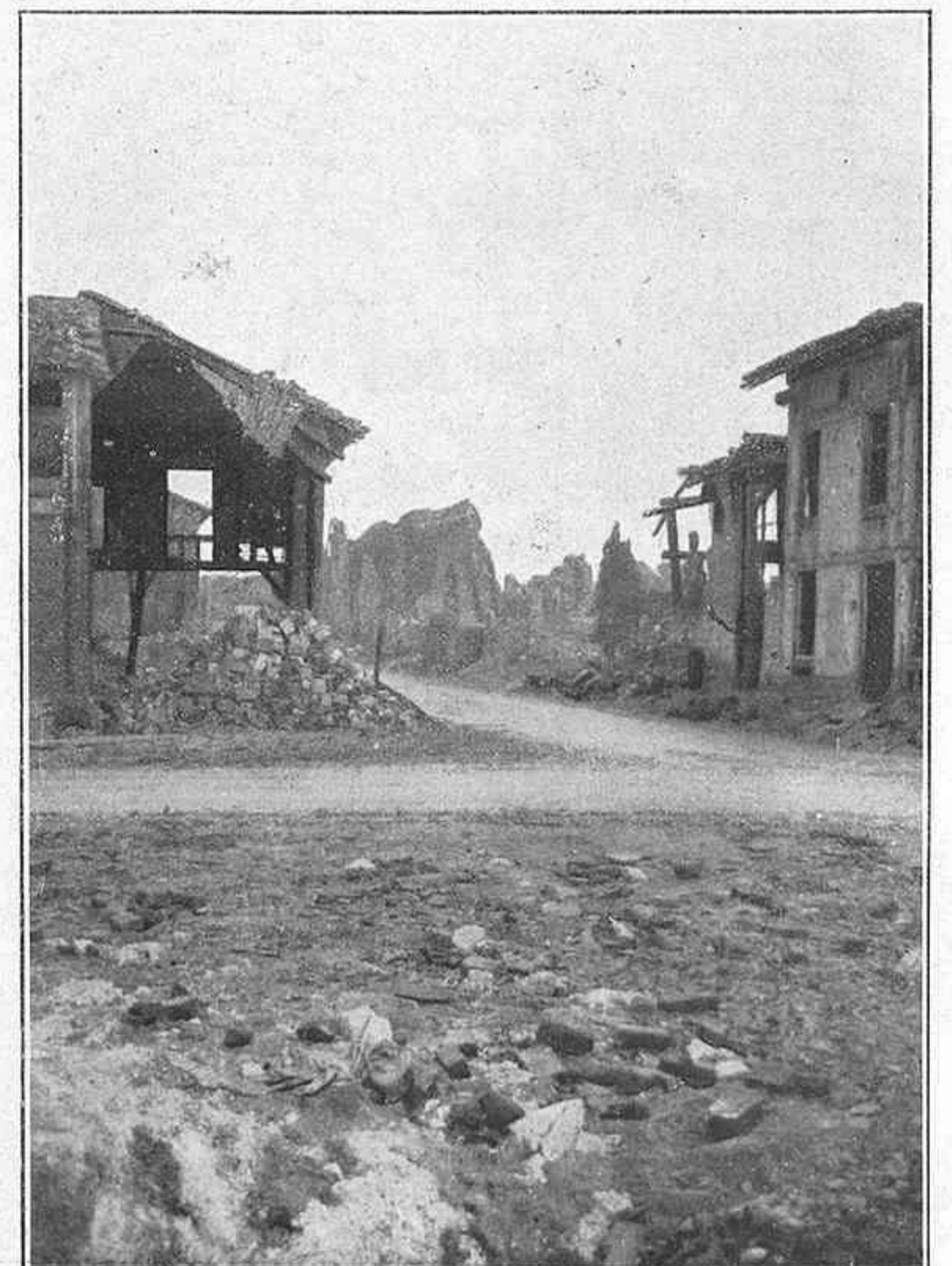
fuerzas rusas pueden amenazar las líneas de comunicaciones del ejército de Bagdad.

*La guerra naval.* — En el centro del Mediterráneo ha sido hundido el crucero auxiliar francés *Provence II*, que provisionalmente estaba destinado al transporte de tropas a Salónica. El *Provence II* pertenecía a la Compañía Transatlántica francesa y a consecuencia de la guerra había sido transformado en crucero auxiliar; había sido botado al agua en 1906, desplazaba 19.160 toneladas, sus máquinas desarrollaban una fuerza de 30.000 caballos, y llevaba cinco cañones de 14 centímetros, dos de 57 milímetros y cuatro de 47 milímetros. Transportaba 1.800 hombres, incluida la tripulación, de los cuales se han salvado 870.

Unos submarinos alemanes han echado a pique delante del Havre dos cruceros auxiliares franceses y en la desembocadura del Támesis un vapor inglés armado que estaba de vigilancia.

*La guerra aérea.* — Tres zeppelines alemanes han efectuado un *raid* en la costa Nordeste de Inglaterra, volando sobre los condados de York, Lincoln, Rutland, Huntingdon, Cambridge, Norfolk, Essex y Kent, y arrojando cuarenta bombas que causaron doce muertos y treinta y tres heridos, y ocasionaron daños en varios edificios particulares.

*Portugal y Alemania.* — El gobierno portugués ha ordenado la incautación de todos los buques alemanes fondeados en aguas portuguesas. Esta resolución fué inmediatamente cumplimentada por la Comandancia general de marina, la cual tomó posesión de los 36 barcos alemanes fondeados en el Tajo. El gobierno alemán protestó contra tal medida en una nota a la que el de Portugal contestó con otra explicando las razones económicas que le habían inducido a decretar la incautación. Alemania protestó nuevamente y, no habiendo obtenido satisfacción, ordenó a su embajador en Lisboa que pidiera sus pasaportes, entregó los suyos al embajador portugués en Berlín y declaró que se consideraba en estado de guerra con Portugal.



En Bulgaria. — Puente del ferrocarril destruido a consecuencia del bombardeo de la costa búlgara por la escuadra anglo francesa, que destruyó también el puerto de Dedegatch. (De fotografía de Carlos Trampus.) — Los destrozos de la guerra: vista de una aldea de Champaña que ha sido víctima de numerosos bombardeos y en la cual, como puede verse en el adjunto grabado, no queda en pie ni una sola casa. (De fotografía de Branger.)

# LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT, PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

Sí, su padre estaba enfermo; no era, como afirmaba la abuela erróneamente, sólo el dolor causado por la muerte de su esposa lo que le había transfor-

ver a quedar colgada en la pared!.. ¡Yo romper algo! Catorce años que llevo en la boca mi pipa de porcelana y no hay en ella la más pequeña mella. Y vamos a ver, Bárbara, ¿qué plato o qué vaso me ha visto usted romper aquí en la cocina cuando seco la vajilla? Por más que usted quiera no podrá usted citarme uno, porque jamás me ha sucedido tal cosa. Y sin embargo, allí arriba, se me escapó el jarrón de las manos, sin saber cómo; sentí una especie de empujón en el codo, y ¡cataplúm! el jarro al suelo. Sin duda fué un castigo de esa mala mujer por haberla sacado de su sitio. Yo bien me resistía a hacerlo: «Mire usted, decíale a la señorita Sofía, que la habitación no está alfombrada y que el cuadro podría continuar perfectamente en su lugar.» Pero ¡que si quieres! La señorita Sofía, que no cree en nada, se empeñó en que había que descolgarlo, y yo, pobre de mí, pagué la fiesta. Mientras viva no se me quitará del cuerpo el espanto. Cuando ella se acercó a mí, saliendo del marco que la encerraba, y oí el roce de su vestido verde y vi el centelleo de las piedras preciosas que brillaban en su cabellera como chispas del fuego del infierno, pensé que había llegado mi última hora; pero por fortuna pude llegar hasta la puerta, que cerré tras de mí estrepitosamente, y pillar la es-

calera, en donde todavía sentí como si una mano helada me cogiera por el cuello.

— En esto estás equivocado, Federico, dijo Bárbara ofreciéndole otra copita de aguardiente. La dama de las piedras preciosas nada te hizo en la escalera, por la sencilla razón de que no puede pasar de la puerta... Y ahora bebe ese trago de alcohol de menta que te entonará... Y lo que os digo a todos es que la historia no salga de aquí; los señores no creen en estas cosas, aunque se las demuestren en blanco y en negro, y empiezan por reírse de vosotros para luego regañaros, y con burlarse y reñir ya se quedan tan tranquilos. Tampoco debemos soltar la lengua con los extraños ¡de ningún modo! ¡Bastante tienen puestos los ojos en la casa! El importante negocio que tienen nuestros amos, la consideración de que gozan y las inmensas riquezas que poseen les han atraído muchos envidiosos, para quienes una desgracia en nuestra familia ha de ser motivo de grandísima satisfacción. Y que por aquí ha de ocurrir una desgracia, es más fijo que el sol; ya lo veréis. En otro tiempo, cuando nuestra Margarita estuvo a las puertas de la muerte, también hubo arriba sucesos misteriosos... y nos trajeron casi sin vida a la pobre criatura... Es preciso, pues, estar alerta; y yo os digo que tengáis cuidado con el fuego y con la luz. Esta es nuestra misión, y en cuanto a lo demás que pueda suceder, no somos nosotros quienes podamos evitarlo... A mí se me pone la piel de gallina, os lo confieso.

En demostración de esto arremangóse la manga dejando al descubierto el brazo, y luego añadió en tono solemne:  
— La desgracia puede venir de un momento a otro, sí ¡de un momento a otro!

— La desgracia puede venir de un momento a otro, sí ¡de un momento a otro!

— La desgracia puede venir de un momento a otro, sí ¡de un momento a otro!

— La desgracia puede venir de un momento a otro, sí ¡de un momento a otro!

— La desgracia puede venir de un momento a otro, sí ¡de un momento a otro!

— La desgracia puede venir de un momento a otro, sí ¡de un momento a otro!



Toda la servidumbre le rodeaba...

mado tan profundamente, y la prueba de ello estaba en que en los primeros años de su viudez no se había mostrado tan amargado y tan melancólico como ahora. No, no era esto; su padre estaba realmente enfermo, padecía alucinaciones que le martirizaban; y bien lo había comprendido ella en la conversación que tuvo con él la noche misma de su llegada. Él, el rígido, el probo jefe de la respetable casa de los Lamprecht; el hombre altivo en cuyo honor no había la más pequeña mancha, habiase imaginado de pronto que podría llegar un día en que la gente le señalase con el dedo, en que se viera proscrito de círculos sociales en los que quería figurar, movido por una falsa ambición.

El corazón se le oprimía al recordar que en aquel momento casi la había implorado a ella, a su hija, pidiéndole su ayuda, invocando su cariño filial. ¡Hasta tal punto se había cebado en él la pérfida enfermedad!

Por un momento escuchó Margarita junto a aquella puerta, detrás de la cual reinaba el silencio más profundo; después salió, temblándole las piernas, de su escondite; recogió apresuradamente sus ropas y se refugió en un cuarto cercano para acabar de vestirse.

¡Qué suerte que su padre no hubiese regresado a su casa diez minutos antes! Si la imagen de Dorotea pintada en el lienzo, sin duda le había puesto en aquel grado de excitación, ¡qué habría sucedido si de repente se hubiera encontrado en presencia de aquella funesta mujer, al parecer, rediviva!

En cambio, no pensaba en que su capricho de disfrazarse había sido causa de otra desgracia.

Media hora hacía que en el banco de la cocina estaba sentado, casi sin sentido, el criado a quien, con su disfraz, había dado tan terrible susto. Sus piernas temblorosas se negaban a sostenerle y sus mejillas, por lo regular tan encarnadas, tenían una palidez mortal.

La cocina olía a aguardiente: «Nada mejor que esto», había dicho Bárbara, y en consecuencia había propinado al infeliz, uno tras otro, varios terrones de azúcar empapados en aquel líquido espirituoso. Toda la servidumbre le rodeaba y no se cansaba de escuchar y comentar, aterrizada, el relato que él hacía de lo que había visto.

— ¡No, no, y mil veces no!, repetía por centésima vez. ¡No vuelvo a tocarla nunca más, por nada del mundo! ¡Que se las componga como quiera para vol-

viendo largo rato sus reflejos a las cimas de las torres y a los tejados de las iglesias.

Cuando hubo oscurecido, estalló la tempestad y durante la noche no cesaron ni un momento los rugidos del vendaval, que continuó con la misma violencia a la mañana siguiente. La gente que pasaba por el Mercado, que estaba en la parte alta de la ciudad, apenas podían sostenerse sobre sus pies, y en las esquinas volaban continuamente sombreros y gorras en espantoso torbellino.

La señora consejera estaba de mal humor; sus pies, menudos y delicados, se habían vuelto un tanto inseguros y vacilantes, razón por la cual en los días de fuerte viento no se atrevía a salir a la calle. En su consecuencia, hubo de suspender las visitas que pensaba hacer con su nieta, y esta era la causa de su disgusto.

En cambio, Margarita sentíase, por esto mismo, altamente satisfecha; aquella tarde que las circunstancias le dejaban libre, parecía un grato presente.

Estaba en el piso de su abuela, sentada junto a ésta y ayudándola con sus ágiles dedos a bordar un grande y magnífico tapiz que la anciana pensaba regalar a su hijo el día de Navidad, aunque, en realidad, lo destinaba al futuro hogar de Herberto en donde lo pondría a los pies de la mesa-escritorio de su hermosa e ilustre compañera.

Y Margarita, sabiendo esto, bordaba de mala gana los ramos de flores que había de pisar la bella Eloísa.

A eso de las cuatro, regresó Herberto de su oficina y entró en su despacho, que estaba al lado de la habitación en donde abuela y nieta trabajaban. Durante un rato, oyóse el ir y venir de varias personas en aquella estancia: el ordenanza que llevaba al consejero provincial algunos expedientes; un gendarme que daba su parte, y otros individuos que solicitaban algo.



Allí estaba el pequeño Max de pie sobre la balaustrada

Margarita no pudo menos de pensar que el profundo silencio que, en otros tiempos reinaba en los pisos superiores de la casa, había sido enteramente turbado por gentes que no llevaban el apellido de Lamprecht. Jamás habían podido soñar tal cosa los antiguos comerciantes que siempre habían cifrado su orgullo en habitar solos aquella parte del edificio, prefiriendo tener el piso superior desocupado a que gentes extrañas tuviesen el derecho de subir por la hermosa y amplia escalera, y de profanar con sus pasos aquel recinto.

A pesar de la tempestad y precisamente en un momento en que la violencia del vendaval hacía crujir las ventanas, trajeron del palacio del príncipe una

### XIII

Una persona supersticiosa habría dicho, a la noche siguiente, que la fatídica profecía de la vieja Bárbara iba a cumplirse.

Una terrible tormenta, la primera de octubre, se había desencadenado sobre la ciudad y sobre la comarca toda.

Numerosas bandadas de cuervos habían volado durante toda la tarde por encima de la población, graznando furiosamente, y al atardecer el sol había-se puesto como en medio de un mar de sangre, en-

preciosa cesta llena de frutas magníficas. La señora consejera recibió emocionadísima aquel regalo, y después de haber dado una espléndida propina al portador del mismo, llamó a Herberto, no sin antes haber cubierto con un paño el tapiz a fin de que su hijo no se enterase de la sorpresa que para la próxima Navidad le preparaba.

Herberto detúvose un instante en el umbral de la puerta, como extrañado de encontrar en aquella habitación a alguien más que a su madre; después se acercó y saludó hacia la ventana junto a la cual estaba sentada Margarita.

— Buenos tardes, tío, dijo ésta contestando afable y tranquilamente a su saludo, sin dejar de trabajar.

Herberto frunció las cejas y miró distraídamente la cesta de frutas que su madre le mostraba.

— ¡Vaya un capricho!, exclamó. ¡Enviar con un tiempo así un criado a la ciudad!.. Podían haber esperado otra ocasión.

— No, Herberto, replicó la señora consejera; la fruta está recién cogida y no era cosa de dejar que perdiera su perfume exquisito. Además, ya sabes que esas señoras no quieren dejar pasar muchos días sin que nos demos mutuamente señales de vida. ¡Qué aroma tan delicioso! Voy a preparar para ti una fuente de peras y uvas y te la llevaré a tu despacho.

— Gracias, mamá; cómetelas tú sola. No tengo derecho alguno a ese regalo, que es únicamente para ti.

Y dicho esto, volvió a su cuarto.

— Es muy susceptible, murmuró la señora consejera al oído de su nieta, mientras se calaba de nuevo las gafas y continuaba su labor. Todo esto es porque esa prueba de amor no le ha sido enviada directamente a él, sin pensar en que todavía no puede Eloísa obrar de este modo. Mi hijo es tan reservado y taciturno y tiene tan poca conciencia de su propio valer, que casi parece esperar que sea ella la primera en pronunciar la palabra decisiva. Por añadidura es terriblemente celoso; tiene celos hasta de mí, de su desinteresada madre, según tú misma acabas de ver... Sí, hija mía, aquí podrás adquirir experiencia de estas cosas...

Y con esta observación, llevó la conversación nuevamente al tema que la llegada del portador de la fruta había interrumpido.

Intentaba convertir en confesorio la ventana junto a la cual trabajaba su nieta y averiguar algo de la carta que ésta había recibido del Sr. de Billingen-Wackewitz.

Margarita, la noche antes, había quemado la carta aquella, y la respuesta, negativa a la petición de aquel pretendiente, caminaba ya hacia su destino; pero de ello no dijo una sola palabra y a las preguntas de su abuela contestó diplomáticamente con monosílabos, sintiéndose, sin embargo, interiormente indignada de que la anciana pronunciase varias veces el nombre del desahuciado aspirante a su mano en alta voz y tan llanamente como si aquél formase ya parte de la familia. Le contrariaba esto tanto más, cuanto que la puerta del despacho de Herberto no había quedado bien cerrada y por la rendija, que a ojos vistas se iba ensanchando, podía su tío oír aquellas indiscretas observaciones.

La señora consejera, que estaba de espaldas a la puerta, no pudo darse cuenta de que ésta se hallaba abierta, hasta que un ruido que oyó en el interior del despacho llamó su atención y la hizo volverse sorprendida.

— ¿Deseas algo, Herberto?, preguntó.

— No, mamá, respondió su hijo desde dentro. Permíteme que tenga la puerta un poco abierta porque han dejado calentar demasiado el despacho y está su atmósfera irrespirable.

La anciana se sonrió y movió ligeramente la cabeza.

— Se figura que estamos hablando de Eloísa y este tema ha de recrearle como la música más deliciosa, murmuró al oído de su nieta, y en seguida se puso a hablar del palacio del príncipe y de sus habitantes.

Al poco rato, comenzó a obscurecer; abuela y nieta dejaron la labor y con ello terminaron también las inagotables descripciones de la señora consejera.

Margarita respiró y despidióse a toda prisa; no tuvo necesidad de saludar a su tío Herberto, porque la puerta del despacho había sido nuevamente cerrada desde dentro.

En la escalera había una corriente de aire terribles, lo que no era extraño porque una de las grandes ventanas del primer piso que daba al patio es-

taba abierta y el viento entraba directamente llevando allí unos ruidos que parecían notas de un órgano.

Margarita, al bajar, vió a su padre de pie junto a aquella ventana; el vendaval azotaba de lleno su ancho pecho y agitaba sus cabellos.

— ¡Quieres bajar de ahí!, decía a grandes gritos, para que su voz se oyese en medio del huracán, y



... mientras su hija tenía que agarrarse al tilo más próximo...

señalando al mismo tiempo con el brazo hacia el patio.

Margarita se puso al lado de su padre; éste se estremeció y volvió hacia ella su rostro en el que se veía pintada la mayor emoción.

— Ese niño loco quiere probablemente romperse la crisma, dijo con acento de angustia e indicando con la mano la galería de la habitación de los Lenz.

Allí estaba el pequeño Max de pie sobre la balaustrada, con el brazo izquierdo ligeramente apoyado en una de las pilastras de madera que sostenían el techo, y con el derecho extendido, en actitud declamatoria.

En aquella postura, desafiando el viento, cantaba; pero su canto no era una melodía, sino la emisión de las notas de la escala, sosteniéndolas y ahuecándolas con voz potente, como si, en un acceso de arrogancia, quisiera medir la fuerza de sus pequeños pulmones con la del vendaval. Aquéllos eran, sin duda, los sonidos que a Margarita le habían parecido de un órgano.

El muchacho no debió oír los gritos del Sr. Lamprecht, puesto que ni se movió de su sitio peligroso ni dejó de cantar.

— No tengas miedo, papá; no se caerá, dijo Margarita riendo. Sé por experiencia propia los peligros a que puede uno, a esa edad, exponerse impunemente; y si las vigas de nuestro desván pudiesen hablar ¡cuántas temeridades te contarían de los ejercicios funambulescos de tu hija!.. Además, está resguardado del viento por la misma pared de la galería... Sin embargo, no hay que fiar mucho en la resistencia de aquellas viejas maderas.

Y diciendo esto, sacó el pañuelo y lo dejó flotar fuera de la ventana.

El muchacho vió seguramente en seguida aquella señal, puesto que en el acto dejó de cantar, y saltando de la baranda escurrióse por la galería visiblemente asustado y como avergonzado de que alguien le hubiese visto cantando de aquel modo y en aquel sitio.

— Ese muchacho tiene un tesoro en la garganta, dijo Margarita; pero lo disipa. Cuando tenga veinte años no comerá la insensatez de cantar en medio de un huracán; entonces apreciará mejor lo que vale

su voz... Me parece que no le tendrás de empleado en tu escritorio, porque está llamado a ser un gran cantante.

— ¿Lo crees tú así?, preguntó su padre mirándola con ojos centelleantes y casi hostiles. A mí me parece que ese niño no ha nacido para divertir a los demás.

El Sr. Lamprecht se disponía a cerrar la ventana, cuando una terrible ráfaga de viento, más furiosa que todas las que habían azotado las paredes de la casa durante aquel día y la noche anterior, arrancó de cuajo una hoja de aquella.

Lo que sucedió inmediatamente después, no lo vieron ni Margarita ni su padre, que habían retrocedido llenos de espanto; una y otro creyeron que el huracán había barrido la vieja mansión de los Lamprecht, con todos sus habitantes.

Oyóse un crujido espantoso al que siguió un formidable estrépito de muros que se derrumban; luego reinó un momento de calma, como si la tormenta se horrorizara de su propia obra de destrucción y no se atreviera a cruzar por entre la impenetrable nube gris que de repente invadió el patio.

¡El departamento de embalaje! Sí, de allí procedían aquellas masas de polvo.

El Sr. Lamprecht, como herido por un rayo, dió un salto, y apartando violentamente a su hija, precipitóse hacia la escalera.

Margarita echó a correr detrás de él, pero no pudo darle alcance hasta que llegó al patio; una vez allí, abrazóle y, muda de terror, ni siquiera pudo decirle que la llevara consigo.

— Tú no te muevas de aquí, ordenóle su padre desprendiéndose de sus brazos. ¿Quieres tú también morir aplastada?

Margarita se estremeció al oír el acento de desesperación con que fueron dichas aquellas palabras y al ver el rostro demudado de su padre; y hasta parecióle que a éste se le erizaban los cabellos.

El Sr. Lamprecht avanzó impetuosamente, mientras su hija tenía que agarrarse al tilo más próximo para no ser derribada por el viento que volvía a soplar con espantosa furia, levantando un torbellino de polvo y despejando un poco la espesa nube que llenaba el patio.

Entonces pudieron distinguirse nuevamente los objetos.

El departamento de embalaje estaba todavía en pie, pero en un estado de ruina que apenas permitía reconocerlo: la mitad inferior del tejado que cubría la galería habíase desplomado en toda su extensión arrastrando consigo las pilastras de madera y la balaustrada. Abajo, los escombros llegaban hasta la ventana de la planta baja, y todavía desprendíanse de la parte derrumbada, maderos y ladrillos que se estrellaban en el suelo con estrépito terrible.

Avanzar por entre aquellas ruinas y bajo aquella lluvia de cascotes, era en extremo peligroso; así es que Margarita miraba presa de la mayor angustia a su padre caminar en medio de aquel caos, ora apartando una viga que le cerraba el paso, ora hundiéndose hasta las rodillas en los montones de escombros, hasta que al fin logró llegar al portalón, por el cual desapareció.

Los habitantes de la casa que durante la penosa marcha del Sr. Lamprecht se habían asomado a las ventanas lanzando gritos de terror, acudieron entonces en tropel al patio: tía Sofía, toda la servidumbre y los empleados del escritorio. Pero el huracán los arrojó de allí y de nuevo quedó sola Margarita, bajo los tilos y apoyándose en las fuertes paredes del departamento de tejidos.

El Sr. Lamprecht no corría ya ningún peligro, pues el vendaval nada podía contra la firme bóveda del portalón en donde se había refugiado. El niño, en cambio, el pobre Max debía haber caído al ocurrir el desplome y yacer muerto entre los escombros; así lo afirmaba Bárbara que, momentos antes, desde la ventana de la cocina, le había visto en la galería.

La cara de la cocinera estaba pálida de terror; parecía un espectro. Pero mientras corría desalada y luchando con el vendaval, aun tenía aliento para decir con voz temblona:

— ¡Ya lo veis! ¡Ya vino la catástrofe! ¿Tenía o no razón la vieja Bárbara?

El polvo, el viento y el espanto apenas dejaron oír a los demás estas palabras; pero ella, a pesar de todo, quiso que constase que se habían cumplido sus tristes presagios.

Tía Sofía atóse un pañuelo a la cabeza y se sujetó fuertemente las faldas.

La emoción no la dejaba hablar, mas sus manos y sus piernas movíanse ágilmente; y despreciando el peligro de los cascotes que continuaban cayendo atravesó el patio y se encaminó hacia el montón de escombros debajo del cual debía estar el pobre niño.

Los demás la siguieron sin vacilar. Pero en el mismo instante, apareció en el piso de los Lenz, en la puerta que daba a la galería derrumbada, el señor Lamprecht, quien, haciendo con la mano un gesto para que se alejaran, les gritó desde allí:

— ¡Retiraos! ¡Nadie ha sufrido daño alguno, a Dios gracias!

Los semblantes se serenaron, al oír aquellas palabras tranquilizadoras, y todos entraron de nuevo en el vestíbulo.

Ahora ya podía caer todo el cascote que quisiera, que a nadie había de causar ningún mal. Y en cuanto a los destrozos materiales, el albañil y el carpintero cuidarían de repararlos.

— ¡Bueno, bueno!, decía Bárbara en tono resignado y limpiándose el polvo de la cara con el delantal. Lo cierto es que ha estado en un tris que la desgracia ocurriese, y es para mí inexplicable, enteramente inexplicable, cómo el muchacho haya podido salvarse, cuando hasta el último momento le vi yo de pie sobre la balaustrada. Estaba escrito, añadió moviendo la cabeza con expresión de incredulidad; y es una suerte, una suerte extraordinaria, que no haya sucedido una catástrofe. Para esta casa habría sido una cosa horrible y de todos nosotros habría huído la alegría para siempre.

— ¡No digas tonterías!, exclamó Reinoldo, que no se había movido del vestíbulo por miedo justificado al huracán, que era su peor enemigo. No parece sino que el que ha estado en peligro es un individuo de nuestra familia y que por la muerte de ese chiquillo hubiéramos tenido que ponernos luto todos los Lamprecht. ¡Vaya una simpleza! Pero vosotros sois así; sólo os impresiona lo que afecta a gentes de vuestra condición; en cambio, os tienen sin cuidado los perjuicios que la tormenta ha ocasionado a vuestros amos. Es claro; como pensáis que tenemos el oro a montones, os decís que bien podemos tirarlo sin reparo. ¡Ya os conozco!..

Al decir esto, señaló con sus largos y descarnados dedos a los criados que formaban un grupo, y encogiéndose de hombros, volvió despreciativamente la espalda a aquellos infelices que al oír sus reproches quedaron como atontados.

— Esa broma nos va a costar buenos cuartos, dijo Reinoldo a los empleados del escritorio, señalando el departamento de embalaje. Parece mentira que papá haya dejado que esa parte del edificio llegase al estado ruinoso en que se encuentra. A mí no me sucederá esto nunca, estén ustedes ciertos de ello, porque en cuanto se mueve un ladrillo lo noto; y para evitar desastres como el de hoy examinaré a menudo y detenidamente suelos, techos y paredes. Sí, y...

Calló de pronto, metióse las manos en los bolsillos y estirando sus largas piernas, apoyóse en la pared del vestíbulo que estaba resguardada del viento. Acababa de ver a su padre que venía por el patio.

El Sr. Lamprecht estaba todavía demudado, y los cabellos que, en desorden, le caían sobre la frente contribuían a aumentar la alteración de su semblante; pero al ver reunida a toda aquella gente en el vestíbulo, hizo un visible esfuerzo para dominarse e irguió su arrogante figura.

Su mirada frías sobre puso a la ansiedad que a todos los demás dominaba, como si de antemano quisiera evitar toda pregunta; aparte de que no solía él hablar con sus subordinados.

Hizo una seña a un criado y entregándole un frasco de medicina que llevaba en la mano, le envió a la botica, diciendo por toda explicación lacónicamente, casi bruscamente, pero como disculpándose, a tía Sofía, mientras un ligero rubor teñía su frente:

— A la vieja de arriba se le ha recrudecido su mal con el espanto y no tenía ni una gota de medicina.

Era aquello un pequeño servicio filantrópico que había prestado, un auxilio natural a un semejante enfermo; pero tratándose de un hombre inabordable y altivo su acción parecía a todos, y más que a nadie a él mismo, una incomprensible condescendencia.

Margarita hizo lo que antes hiciera tía Sofía, atarse un pañuelo a la cabeza, y se dirigió silenciosamente hacia la puerta del patio.

— ¿Dónde vas?, díjole su padre, cogiéndola por un brazo.

— Voy, como es muy natural, a ver a esa mujer enferma, respondióle la joven procurando desasirse de él para proseguir su camino.

— No vayas, hija mía, replicó el Sr. Lamprecht suavemente y atrayéndola hacia sí; no tiene nada de natural que, por causa del ataque espasmódico de la señora Lenz, te expongas al peligro de que te hiera gravemente alguno de esos cascotes que todavía caen... Esa buena mujer padece con frecuencia estos ataques, y a nadie de nosotros se nos ha ocurrido visitarla con este motivo; entre aquella familia y la nuestra no ha habido nunca la menor familiaridad, y deseo que las cosas continúen así en lo sucesivo.

Ante un deseo, más bien un mandato, tan rotundamente expresado, Margarita nada objetó y sin decir palabra, quitóse el pañuelo.



— ¿Dónde vas?, díjole su padre, cogiéndola por un brazo

Desfilaron los criados silenciosamente por las distintas puertas del vestíbulo, y los empleados volvieron al escritorio.

Sólo quedóse un tanto rezagado Reinoldo, quien, con expresión de malignidad satisfecha, dijo a su hermana:

— Te está bien empleado, Margarita. Sí, ya sé que ahora está de moda entre las señoritas ponerse un delantal azul y visitar las casas pobres para cuidar enfermos y lavar a chiquillos sucios; y naturalmente has pensado que a una Margarita Lamprecht le sentaría muy bien el papel de Santa Isabel de Hungría. Pero bueno es que papá no consienta tal locura; y supongo que desde mañana se quitará de raíz lo que puede dar ocasión a tales necedades ¿verdad, papá? Es imposible que esa gente siga viviendo en el ala arruinada mientras se realizan las necesarias reparaciones; no tendrán más remedio que irse a otra parte.

— No habrá necesidad de ello; esa gente se quedará donde está, respondió el Sr. Lamprecht secamente.

Reinoldo al oír aquellas palabras y sobre todo el tono en que fueron dichas, hundió aún más sus manos en los bolsillos de los pantalones y encogiéndose de hombros, dió media vuelta y se encaminó al escritorio.

El Sr. Lamprecht enlazó con su brazo el cuerpo de su hija y se la llevó a la salita de confianza. Pidió que le sirvieran vino y bebióse algunas copas de viejo Borgoña como si quisiera con el fuego de aquel líquido dar movimiento a la sangre que sentía paralizada.

Margarita sentóse en el escalón de la ventana, donde se sentaba, cuando niña, a los pies de tía Sofía; cruzó las manos sobre las rodillas y apoyó la cabeza en el almohadón de la butaca, que su tía acostumbra ocupar...

Estaba sola con su padre y entre aquellas cuatro paredes experimentaba una sensación de intimidad y de bienestar.

Las flores que llenaban el alféizar de la ventana difundían un suave aroma en la templada atmósfera de aquella estancia; el reloj no se había dejado inmutar por el trastorno poco antes ocurrido en la casa y dejaba oír su tic tac con la regularidad de siempre; y al compás del péndulo oíanse los pasos de su pa-

dre que silencioso y enteramente concentrado en sí mismo se paseaba por la habitación.

Fuera, seguía bramando el huracán; crujían las ventanas y de cuando en cuando oíase en la plaza del Mercado el estrépito de las hojas de puertas y ventanas que el viento sacudía con extraordinaria violencia.

— La tormenta acabará de destruir todo el tejado del departamento de embalaje, dijo Margarita alzando la cabeza.

— Sí, muchas tejas caerán todavía; pero el armazón resistirá, respondió el Sr. Lamprecht. He examinado el desván y he visto que las viejas vigas son fuertes como hierro y están sólidamente ajustadas. Lo que hoy se ha derrumbado y ha cubierto de escombros el patio es un trozo de obra de construcción reciente.

Detúvose un momento delante de su hija. La luz crepuscular iluminaba su semblante; el vino había hecho su efecto; la sangre volvía a circular rápidamente y había hecho desaparecer la palidez de la frente y de las mejillas.

— ¿Y de veras no ha sufrido ningún daño el pequeño Max?, preguntó Margarita.

— Ninguno; el trozo de tejado desprendido ha pasado por encima de él sin tocarlo.

— Ha sido un verdadero milagro. Diríase que sobre su rizada cabecita se han extendido dos manos protectoras... las manos de su madre.

El Sr. Lamprecht nada contestó; dirigióse a la mesa y se sirvió otro vaso de vino.

Su hija, después de una corta pausa, prosiguió:

— Todavía siento la impresión de horror de aquella escena; aun me tiemblan las carnes al pensar que ese hermoso niño, lleno de vigor y de vida, podía de repente aparecer muerto o espantosamente mutilado entre los escombros...

Calló y se puso las manos delante de los ojos como para evitar una terrible visión.

Reinó en la salita un silencio profundo, tan profundo, que llegaron hasta allí murmullos de voces de la cocina.

— Se ve que la servidumbre está todavía excitada, dijo Margarita. Todos los criados quieren a ese niño. ¡Pobre criatura! ¡Qué infancia tan solitaria la suya! ¡Vivir en extranjero suelo, sin madre, y con el padre, que nunca lo ha visto, al otro extremo del mundo!

— No es tan digno de lástima como te figuras, sus abuelos adoran en él, replicó el Sr. Lamprecht, que permanecía vuelto de espaldas a su hija examinando al través de la luz de la ventana el contenido de su copa.

— Y su padre ¿adora también en él?, preguntó Margarita ásperamente y con acento de duda. A lo que parece, cuidase bien poco de su hijo. ¿Por qué no lo tiene a su lado, que es el sitio que de derecho le corresponde y que le ha señalado Dios?

El Sr. Lamprecht dejó la copa sobre la mesa, sin probar el vino, y sonriendo melancólicamente, acercóse a Margarita.

— De modo que, según tu teoría, merece también ser censurado el padre que, como yo, ha consentido en estar separado cinco años de su hija.

Dijo esto sonriendo, pero con aquel temblor nervioso del labio inferior que era en él siempre señal de una gran agitación interior.

Margarita se levantó de un salto y se abrazó a él.

— ¡Oh, no! El caso es muy distinto, replicó con acento de enérgica protesta. Tu cabrita salvaje estaba siempre, como quien dice, al alcance de tu mano, y tú la has visitado con frecuencia y te has ocupado en ella. Sólo con que lo desees, me quedaré contigo y nunca más me apartaré de tu lado. En cambio, el padre del pequeño Lenz...

— ¿No te separarás nunca más de mí?, exclamó el Sr. Lamprecht, sin fijarse en las últimas palabras pronunciadas por su hija. ¿Nunca más? ¡Qué niña eres! Quién sabe si dentro de poco vendrá de tierras de Mecklemburgo una ráfaga de viento que se llevará mi copito de nieve..., para siempre también.

Margarita apartóse de él, y su rostro tomó una expresión sombría.

— ¡Qué! ¿También tú estás enterado de esto? Se ve que las buenas almas no son perezosas para divulgar la noticia.

— ¿A qué buenas almas te referies? — ¡Pues a quién he de referirme, sino a la abuela y a tío Herberto, el severo consejero provincial!

— Pasóse, con gesto de cómica cólera, la mano por entre sus rizados cabellos, y prosiguió:

— ¡Es vergonzoso! Hace apenas veinticuatro horas que las habladoras de tía Elisa han llegado a sus oídos y ya han ido a ti con el cuento... Si ¡es preciso que yo me case en seguida!

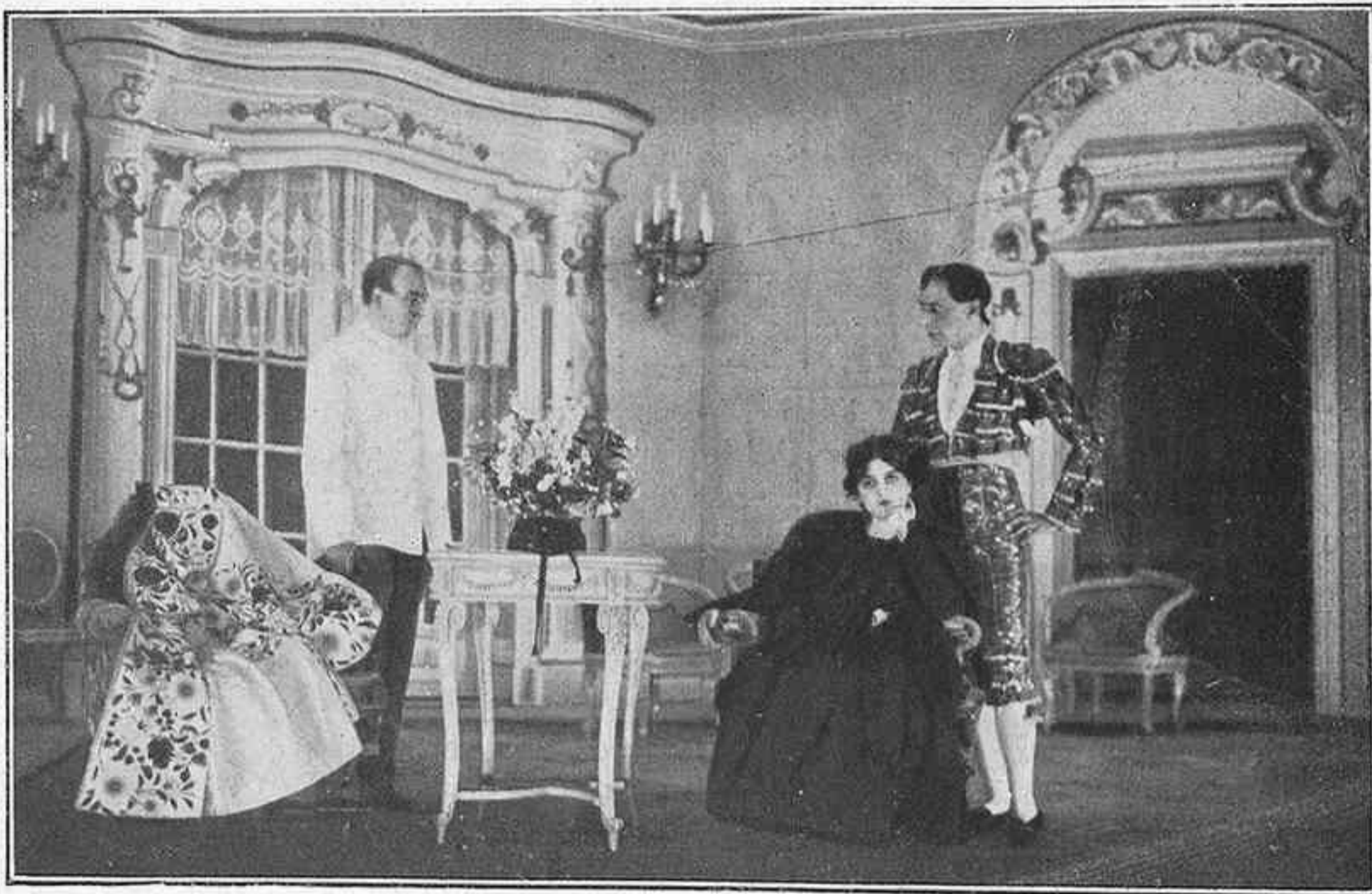
(Se continuará.)



La Reina Isabel de Rumania, en el mundo literario Carmen Sylva, fallecida el día 3 de los corrientes en Bucarest. (De fotografía.)

LA REINA ISABEL DE RUMANIA

La virtuosa soberana que tanta fama y popularidad había alcanzado en el mundo literario bajo el seudónimo de *Carmen Sylva*, era princesa de Wied y había nacido en 29 de diciembre de 1843. Su padre, el príncipe Hermann, quiso darle una educación esmerada, respondiendo a las cultas aficiones de su hija, y ésta hizo, en efecto, extensos estudios que completó en París y amplió luego con copiosas lecturas, cursando la carrera de Filosofía y Letras y aprendiendo, además de algunas lenguas antiguas, varios idiomas modernos que hablaba y escribía correctamente.



Madrid. — Una escena de *El brillo de los caireles*, comedia en cuatro actos de los señores Torres del Alamo y Asenjo, estrenada con excelente éxito en el Teatro de la Comedia

El 15 de noviembre de 1869 casó con el príncipe Carlos Hohenzollern, más tarde Rey de Rumania, y fué digna compañera de aquel bondadoso monarca que tanto trabajó por el bienestar y la prosperidad de su pueblo; de este matrimonio nació una hija que murió niña y cuya muerte dejó un indeleble y doloroso recuerdo en el corazón de la augusta madre, que durante todo el resto de su vida vivió casi apartada del mundo y consagrada a obras de beneficencia y de caridad y vertiendo en sus libros la melancolía de que rebosaba su alma.

Hasta después de casada no comenzó a publicar sus trabajos literarios; lo primero que dió a luz fueron traducciones de poesías y narraciones alemanas y de canciones populares de Rumania.

En 1880 apareció su primer libro, *Poesías rumanas*, y un año después *Mis octos*, especie de crónica doméstica que contiene una balada para cada mes del año y para cada día un soneto o una sentencia. A estos libros sucedieron en 1882 *Pensamientos de una Reina*, obra de exquisita delicadeza y honda melancolía, y más tarde *Cuentos de una Reina*, colección de interesantes y bellísimas narraciones que traducidas al castellano forman uno de los tomos de la BIBLIOTECA UNI-

VERSAL ILUSTRADA que publica la casa editorial de esta ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Carmen Sylva era una apasionada idealista y todo su modo

halla hastío. La vida se hace imposible para los dos esposos, de educación y caracteres tan diferentes, y *Riverita*, para reconquistar el cariño de su mujer, decide volver a torear, deci-



Madrid. — S. M. el Rey visitando las obras que se están efectuando en el Museo del Prado

de ser puede resumirse en estas palabras por ella misma escritas: «¿A qué describir lo feo cuando lo bello no está aún agotado?»

Pertenecía a la Academia de Bucarest, era doctora de las universidades de Petrogrado y Budapest, y maestra en artes de la Academia de los Juegos Florales de Tolosa.

ACTUALIDADES MATRITENSES

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

S. M. el Rey en el Museo del Prado. — Acompañado del marqués de la Torrecilla, ha efectuado recientemente S. M. el Rey D. Alfonso XIII una visita al Museo del Prado con objeto de examinar las obras que en el mismo se están efectuando. El monarca, en unión del director del Museo Sr. Villegas, del vicepresidente del Patronato, el ilustre escritor Jacinto O. Picón, del arquitecto Sr. Arbós y de otras personalidades recorrió varios departamentos de la planta baja y luego subió al piso superior, visitando hasta los desvanes, en donde tuvo ocasión de comprobar el mal estado en que se encuentra toda la techumbre y especialmente la de la galería central.

Su Majestad se dolió de ello y con los Sres. Picón y Villegas convino en la necesidad de que se activen todo lo posible las obras del nuevo pabellón a fin de trasladar a él los cuadros que hay en la expresada galería y en otras salas y de que se realice inmediatamente la reparación o reforma de cuantas techumbres así lo requieran. El Rey hizo numerosas preguntas a sus acompañantes sobre otros extremos relacionados con el Museo, demostrando el gran interés que éste le inspira, y habló con los Sres. Villegas, Picón y Arbós de otros asuntos de arte.

La visita de S. M. al Museo duró más de una hora y como consecuencia de ella parece que las obras se realizarán en la mitad del tiempo a que están contratadas.

Novedades teatrales. —

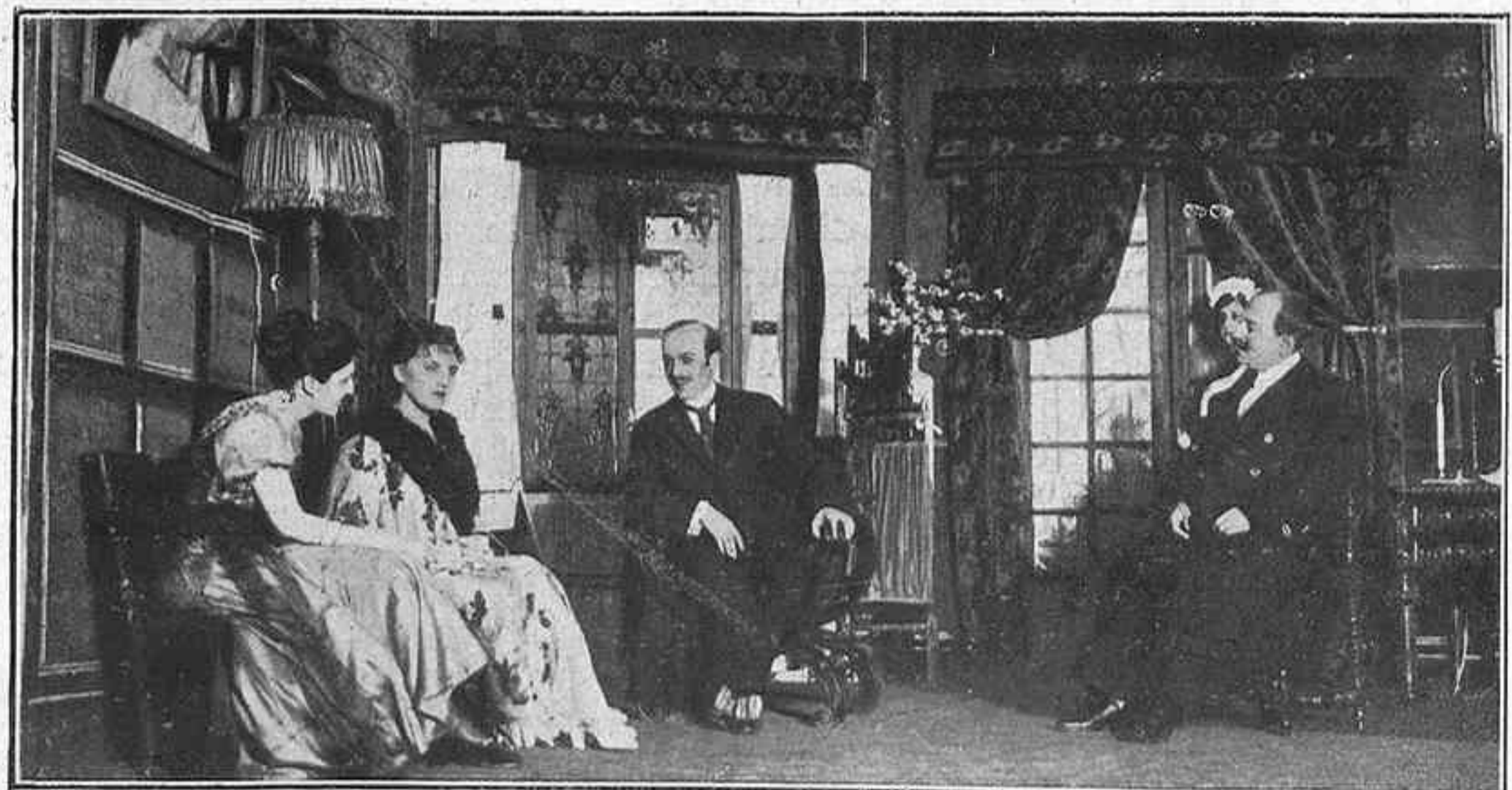
Con el título de *El brillo de los caireles* se ha estrenado con excelente éxito en el Teatro de la Comedia una comedia en cuatro actos de los Sres. Torres

sión que es acogida con júbilo por María Luisa y por los admiradores del diestro, menos por un amigo fiel, el mozo de estoques *Vitolas*, que ha sido para él un padre y que trata de disuadirle de su intento, comprendiendo que el amor a su esposa y la vida regalada le han hecho perder sus antiguas con-



Madrid. — Una escena de *Cabrita que tira al monte*, drama en cuatro actos de los hermanos Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, estrenado con gran éxito en el Teatro Español.

diciones de torero. *Riverita*, desoyendo sus advertencias, vuelve al ruedo; pero torea con miedo y escucha una bronca fenomenal. María Luisa, sin embargo, no se da por vencida y le anima para que en otra corrida busque el desquite; entonces, aunque tarde, se cae la venda de los ojos del pobre tore-



Madrid. — Una escena de *Franz Hallers*, comedia dramática alemana en cuatro actos arreglada a la escena española por Sinibaldo Gutiérrez, estrenada con buen éxito en el Teatro Infanta Isabel

del Alamo y Asenjo, cuyo argumento, en resumen, es como sigue. *Riverita*, fenómeno del toreo como ahora se dice, inspira una verdadera pasión a María Luisa, señorita distinguida, joven, rica, elegante y de espíritu culto y refinado, y se casa con ella cortándose la coleta.

Pero María Luisa no estaba enamorada del hombre, sino del toreo, del ídolo de las multitudes; así es que cuando su marido deja de ser el héroe popular para convertirse en un vulgar propietario, comienza a sentir hacia él indiferencia y en su hogar sólo

ro, quien se convence de que su mujer no le amó nunca y sólo se había enamorado del brillo de los caireles.





Madrid. — El cuadro «La gallina ciega» de Goya, de la revista *La patria de Cervantes*, letra de Fernández de la Puente, música del maestro Foglietti, estrenada con grandioso éxito en el Teatro Apolo

La comedia está hecha con gran acierto; el diálogo es apropiado y en él abundan los chistes oportunos; y los tipos están admirablemente observados.

En la interpretación sobresalen la señorita Pérez de Vargas y los Sres. González, Bonafé y Zorrilla, muy bien secundados por la señora Cortés, las señoritas Carbone, Muñoz y Romea, y los Sres. Romea y Riquelme.

La comedia alemana *Franz Hallers*, adaptada a la escena española por D. Sinibaldo Gutiérrez, pertenece al género de esas obras policíacas tan en boga de algún tiempo a esta parte, pero tiene cierta originalidad y está compuesta con mucha habilidad e ingenio. El argumento es imposible de reseñar en unas cuantas líneas, pues se trata de una serie de aventuras y episodios complicados; diremos únicamente que el autor presenta en el tipo del protagonista un caso patológico de una doble personalidad determinada por ciertas perturbaciones cerebrales comprobadas por la ciencia, y que hace del severo y recto magistrado Franz Hallers un terrible y repugnante bandido. Éste al fin vuelve a convertirse en el magistrado integérrimo, el cual reconoce su dualismo morboso y entrevé la posibilidad de su curación.

La obra es sumamente interesante y no decae ni un momento, manteniendo al público en continua tensión, y ha sido representada con mucho carifio por las señoritas Palou, Robles y Bedoya, y por los Sres. Vilches, Díaz, Adame, Leyva, Codina y Palou.

Los ilustres hermanos Alvarez Quintero han conseguido un nuevo y grandioso triunfo con el drama en cuatro actos *Cabrita que tira al monte*, recientemente estrenado en el Teatro Español en la función a beneficio de Carmen Cobefia. Esta obra, hondamente sentida y admirablemente desarrollada como todas las de aquellos populares dramaturgos, es una glosa escénica del conocido cantar andaluz:

«Me lo decía mi mare:  
Cabrita que tira al monte,  
No hay cabrero que la guarde.»

Fernando, muchacho todo optimismo, todo corazón, se enamora de Gloria, joven casquivana y loca, que un día le abandona para huir con un hombre que la seduce y luego la abandona a su vez. Gloria, al parecer arrepentida y resuel-

ta a borrar su falta, vuelve al lado de Fernando, que la perdona y por ella olvida el amor de su madre, su fama de artista y el honrado cariño de una muchacha bondadosa que llora el desvío del hombre adorado desde la niñez.

Pero Gloria se cansa de aquella existencia tranquila y nuevamente abandona a Fernando, el cual anonadado, destrozado el corazón, sólo halla refugio en los brazos de su madre.

*Cabrita que tira al monte* es una obra bellísima y siendo los Sres. Alvarez Quintero sus autores, huelga decir que los tipos están magistralmente estudiados y que la nota sentimental y la cómica se combinan de un modo admirable.

Las señoras Cobefia, Jiménez, Ruiz, Pino y Cuevas, y los Sres. Muñoz y Mesejo interpretan la obra con grandísimo acierto.

La revista *La patria de Cervantes*, original del Sr. Fernández de la Puente y del maestro Foglietti estrenada con éxito extraordinario en el Teatro Apolo, apártase por su originalidad e interés de los moldes corrientes en esta clase de obras y hay en ella más cultura y buen gusto de lo que suele haber en la mayoría de las producciones de este género.

Las fiestas proyectadas para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes han servido de pretexto al señor Fernández de la Puente para presentar con amenidad algunos aspectos cómicos de la vida social y política contemporánea, hábilmente enlazados con recuerdos de pasados tiempos y episodios de algunas novelas ejemplares del inmortal autor del *Quijote*; así aparecen en la revista el licenciado Vidriera, Rinconete y Cortadillo, la Gitanilla y varios personajes políticos del día, se reproducen los dos magníficos cuadros de Velázquez y Goya *Las meninas* y *La gallina ciega*, y se hace alusión a sucesos de actualidad, como la política municipal, la cuestión de las subsistencias, etc.

La partitura del maestro Foglietti es inspirada y alegre, sobresaliendo en ella unas caleseras, un minué, un sexteto de detectives y ladrones y la canción del licenciado Vidriera.

En la ejecución de *La patria de Cervantes*, que ha sido puesta en escena con excelentes decoraciones de Muriel, consiguen muchos aplausos las señoritas Leonis, Mayendía, Argota y Sobejano, y los señores Ortas, Moncayo, Gorgé, Sánchez del Pino, Rufart, López, Román y Valero.

**Doble sorpresa**

Ehrmann.

BARCELONA. — BAILE DE MÁSCARAS ORGANIZADO POR EL CÍRCULO ARTÍSTICO. (Fotografías de A. Merletti.)



Vista parcial de la sala, cuyo adorno corrió a cargo del reputado escenógrafo D. Salvador Alarma. En el fondo, el escenario que representa una playa de moda en la época de baños

El baile de máscaras organizado por el Círculo Artístico ha sido indudablemente la fiesta de la cual quedará mejor recuerdo de entre todas las celebradas en Barcelona durante el último Carnaval.

Por su originalidad, por su riqueza, por su buen gusto, por el arte que en todo él ha presidido, ha constituido un gran éxito para aquella entidad y también para el reputado escenógrafo D. Salvador Alarma, cuyo proyecto de decorado fué premiado en el concurso abierto entre los artistas socios del Círculo.

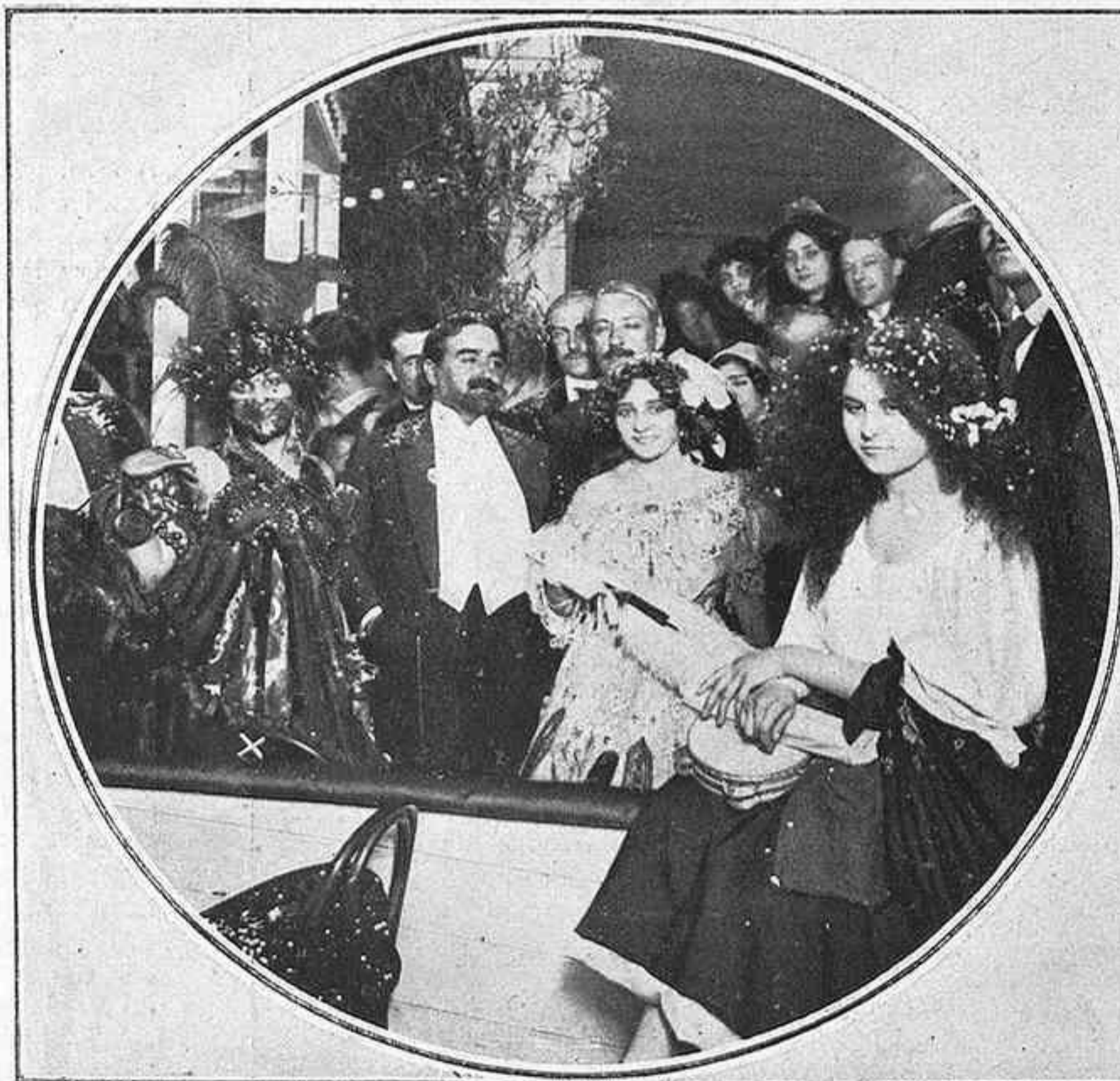
El ingreso al teatro estaba adornado al estilo de glorieta de jardín italiano con boj recortado y profusa iluminación, y la platea representaba la terraza de un gran balneario de moda, circundada con una bien combinada guirnalda de flo-

ro de máscaras fué también considerable, abundando los disfraces que llamaban la atención por lo suntuosos unos, por lo originales otros, y todos por su elegancia y por su buen gusto artístico.

El Círculo Artístico había ofrecido diez premios que consistían en riquísimos y valiosos abanicos antiguos, propios para vitrina, con varillaje de nácar y concha y países pintados por los principales socios del Círculo.

Estos premios fueron otorgados en la forma siguiente:

Trajes regionales: Carmen Soler y Pura Villegas, charras. Trajes de personajes de obras teatrales: Aurea Sarrá, *Plastik Films*, y María Yuste, *Mignón*. Trajes de personajes de cuadros célebres: Miss Michel, retrato de Gáinsborough,



La célebre bailarina Tórtola Valencia (x), que obtuvo un premio extraordinario por su traje de capricho oriental



La célebre tonadillera Raquel Méller (x), que obtuvo un premio extraordinario por su traje de Mme. Pompadour

res; los palcos estaban adornados con mástiles de los que pendían vistosas banderas, viéndose asimismo en ellos un gran número de atributos marinos, jarcias y gallardetes.

El escenario estaba separado de la platea por una valla detrás de la cual veíase una playa con lujosas casetas por entre las cuales circulaban numerosos niños en traje de baño y personas mayores con trajes veraniegos apropiados; el telón de fondo figuraba el mar, y detrás del mismo una maquinaria expreso imitaba el ruido de las olas.

La concurrencia que asistió al baile fué tan numerosa como distinguida; en los palcos veíanse conocidas familias de la alta sociedad barcelonesa; el núme-

ro de máscaras fué también considerable, abundando los disfraces que llamaban la atención por lo suntuosos unos, por lo originales otros, y todos por su elegancia y por su buen gusto artístico.

El Círculo Artístico había ofrecido diez premios que consistían en riquísimos y valiosos abanicos antiguos, propios para vitrina, con varillaje de nácar y concha y países pintados por los principales socios del Círculo.

Estos premios fueron otorgados en la forma siguiente:

Trajes regionales: Carmen Soler y Pura Villegas, charras. Trajes de personajes de obras teatrales: Aurea Sarrá, *Plastik Films*, y María Yuste, *Mignón*. Trajes de personajes de cuadros célebres: Miss Michel, retrato de Gáinsborough,

y F. G. de M. (Pierre Sut), cuadro de Leloir, *Estudiantina*. Trajes de época: Josefina Comella, isabelino, y María Pelfort, año XL.

Además se concedió un premio ofrecido por la conocida casa de joyería J. Valentí a Pilar Sacanella que llevaba un original traje de miriñaque.

Concediéronse también dos premios extraordinarios que fueron adjudicados a Tórtola Valencia y Raquel Méller: la primera vestía un traje oriental de extraordinaria riqueza, y la segunda lucía un rico traje de Madama Pompadour.

El baile transcurrió con grandísima animación hasta avanzada hora de la madrugada, y cuantos a él concurren prodigaron entusiastas elogios al Círculo Artístico que tan admirablemente había organizado aquella bellísima fiesta.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN